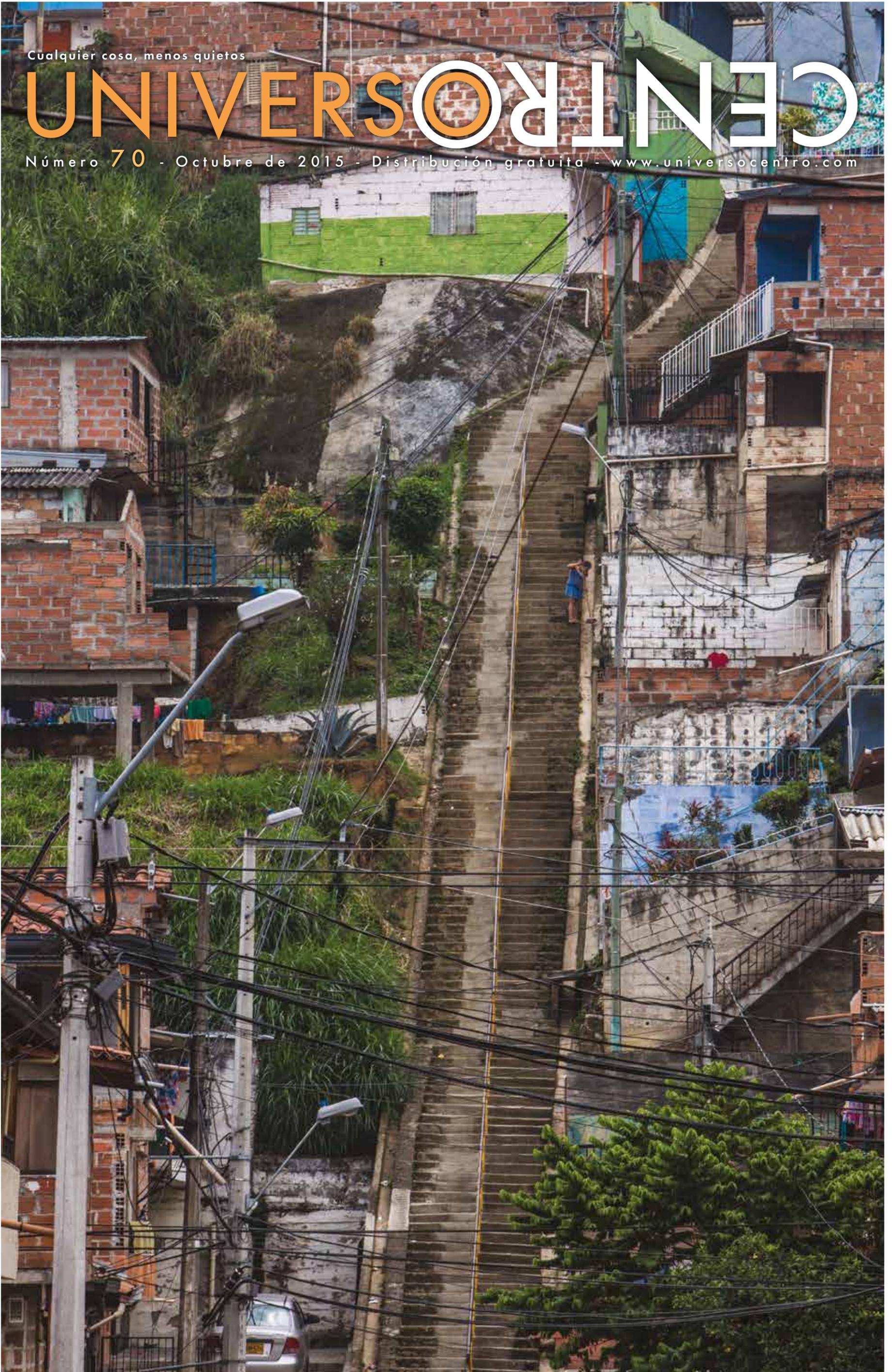


Cualquier cosa, menos quietos

# UNIVERSO CENTRO

Número 70 - Octubre de 2015 - Distribución gratuita - [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)



4

Se vende Plumalú



6

Son de los barrios



10

El Castrilli de Remedios



12

Memorias del primer tranvía



16

Los días sin miedo



20

Monja de clausura



22

Filatelia



## UNIVERSO CENTRO

## Publicación mensual

## DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

## EDITOR

— Pascual Gaviria

## COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

— Anamaría Bedoya

## DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

## DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

## CORRECCIÓN

— Gloria Estrada

## ASISTENTES

— Sandra Barrientos

— Catalina Ortiz Giraldo

Es una publicación de la  
Corporación Universo Centro

Número 70 - Octubre 2015

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



## Mafia de garaje

Las investigaciones exhaustivas han dado sus frutos. Bajo la fachada de humo de una plaza de drogas se instaló, hace aproximadamente siete años, una mafia contratista que viene desangrando al Estado y consumiendo tinta. Los estudios catastrales señalan la ubicación en el llamado Parque del Periodista, otra de sus argucias para engañar a los organismos de control. Bajo el nombre inverosímil de *Universo Centro* una corporación se dedicó a publicar un periódico mensual de distribución gratuita con la idea de ir fraguando su empresa criminal: contratar libros con financiación oficial a cambio de ensalzar los gobiernos de turno con su creciente conglomerado de medios.

Algunos ciudadanos inquisitivos encontraron contratos de la mencionada corporación con la Alcaldía y el Metro de Medellín. Estaban publicando sus primeros libros, el primer eslabón de una larga cadena de corrupción. Los libros incautados versan sobre parques y barrios de la ciudad, y sobre el tranvía recién inaugurado. También se ha demostrado que sus páginas recibieron pauta oficial, prueba que ocultaron en los exiguos veinte mil ejemplares que publican a fin de mes, con la triste idea de que nadie lee en quincena.

Una semana antes de las recientes elecciones, una jauría tuitera se dedicó a denunciar a UC como una entidad sin ánimo de lucro dedicada a la contratación espuria y otras formas de capturar rentas estatales. El editor fue puesto a la altura de Emilio Tapia, el hombre de confianza de Samuel Moreno, por un columnista de *El Tiempo*, y la representante legal fue exhibida en las redes como testaferrero de la organización. El senador José Obdulio Gaviria se preguntó en su cuenta de Twitter hasta dónde iba a llegar esa "mafia contratista" y gritó contra los chupasangres de las carnicitas y los huesitos del Estado. *Universo Centro* era una de las sucursales de "los ñoños", y la mermelada había reemplazado sus más reconocidos vicios. No importa que UC evite el activismo político y sea más amigo de la caricatura y las historias que de editoriales, ideologías y partidos. Igual, la mayoría de quienes señalan la mafia de garaje nunca han leído uno solo de los textos publicados en el periódico. Para los críticos más formados —quienes escriben más de 140 caracteres—, los libros de UC son solo una botadera de plata que la gente recoge y tira a la basura al final del lanzamiento. A ellos es imposible decirles cuántos lectores nos han dicho que coleccionan hasta nuestro vil papel periódico de cada mes.

Se le informa a la comunidad lectora y amiga, y a quienes desechan los libros después de las inauguraciones, que seguiremos publicando libros y papeles. Que nuestro capital son los cerca de cuatrocientos creadores que han pasado por aquí sin pago distinto al de los tragos en la barra, los humos en el Antro de Redacción y los ímpetus en la Zona de Terapias. Y que este año vamos a completar nueve libros publicados: con amigos, por nuestra cuenta, con entidades públicas y con privados. Aceptamos, eso sí, nuestra avidez por conseguir la plata para pagarles a quienes reparten, imprimen, diseñan, voltean, ilustran y escriben. Entre los dos últimos oficios han estado las mayores víctimas de esta farsa, casi siempre colaborando como lavaperros *ad honorem*. Nuestra idea es llevar la desvergüenza hasta 70 veces 7. ☹

## EL PRIMER ENTIERRO DE MI MAMÁ

por SILVIA CÓRDOBA

Antes de que Pablo Escobar fuera famoso, antes de los computadores y del *compact disc*, antes de que las casas quedaran en unidades cerradas y de que las mascotas se alimentaran con cuidado, las amenazas en Medellín eran solo eso, amenazas, y aunque un par de años después cada anónimo llegaba con su bala, esto pasó antes. En ese entonces las noticias llegaban de cuatro formas: porque te lo contaban, porque lo oías en radio, porque aparecía en un noticiero de televisión o porque salía en *El Colombiano*.

En 1981, Anita, mi mamá, tenía un esposo y tres hijos. Y más o menos la edad que tengo yo ahora. En mi casa no era raro que el teléfono sonara a cualquier hora; durante varios meses llamaron cuando mi mamá estaba en el trabajo y nos soltaban toda clase de insultos. Desde el principio nos enseñaron a no poner cuidado y cortar la llamada. El sábado 29 de agosto el teléfono sonó desde antes del amanecer, y aunque yo sentía que lo contestaban, volvía a repicar apenas colgaban. Con tanto ruido me levanté temprano a ver qué pasaba. Cuando salí de mi pieza se me acercó mi hermana y me dijo: "¡Se murió mi mamá!", y soltó una carcajada. No me alcancé ni a poner triste porque apareció Anita y me mostró que estaba viva. Mi hermano estiró una página de *El Colombiano* donde había dos obituarios con el nombre de mi papá acompañando a sus hijos en un aviso (fue mi primera aparición en un periódico), y otro con el nombre de la universidad donde ella era decana de la Facultad de Enfermería. Ambos obituarios invitaban a las exequias de mi madre. A la prensa había que creerle, ¿quién era esa mamá que estaba ahí? El periódico decía que la mía estaba muerta.

A las siete de la mañana mi papá y mi mamá ya habían hablado con cien personas, o con mil, no sé. Un poquito más tarde empezaron a llegar ramos y mi casa se llenó de rosas blancas y beige que estaban de moda para los entierros; con cada arreglo llegaba un sufragio, y desde temprano empezamos a quitar los crucifijos para convertir los ramos fúnebres en flores decorativas. Las tarjetas las metimos en un cajón para leerlas después, con calma.

Como tampoco existía la llamada en espera ni el buzón de voz, algunas personas decidieron ir a la casa y acompañarnos. Casi todos llegaban con comida para los niños; nos llevaron muchas galletas, chocolates, pasteles, empanadas y arroz chino para que mi papá no tuviera que cocinar. Una vecina casi se muere del susto cuando la muerta en persona le abrió la puerta. Al mediodía ya nos habíamos acostumbrado a la muerte de mi mamá para el resto del mundo. Le hacíamos chistes a la gente que llamaba, que no podía sino preocuparse porque nosotros estábamos diciendo incoherencias, hasta que ella agarraba el teléfono y el desconcierto era mayor.

No fuimos al velorio. Creo que alguna de mis tías se paró en la entrada de Campos de Paz para devolver a los que llegaban y contarles que ella seguía viva. Fueron al entierro sus compañeras lejanas del colegio a las que nadie les alcanzó a avisar, las vecinas de su infancia, alumnas, personas con las que había trabajado y los parientes de los parientes que querían acompañar a algún pariente.

Ese día fue especial. No solo comimos rico, tuvimos compañía y la casa se llenó de flores, sino que en medio de todo el drama y de la violencia implícita en la situación, ahora lo recuerdo como un día en el que hubo abrazos, solidaridad y mucho amor; un día en el que todos celebramos que mi mamá estaba viva. El lunes siguiente fui al colegio y sentí que todas me trataban como si me hubiera quedado huérfana el fin de semana.

Durante varios meses siguieron llamando con amenazas e insultos que la policía grabó, y aunque supimos quién mandó a hacer la vuelta, nunca hicimos nada. El 12 de mayo siguiente, día de la enfermera, enviaron a mi casa otro ramo fúnebre, y durante algunos años siguieron llegando acompañados de sufragios en esa fecha, pero ya sabíamos cómo convertirlos en decoración. Un día cualquiera simplemente no hubo más insultos por teléfono, se acabaron las flores y el entierro de mi mamá se volvió una anécdota familiar. El 29 de agosto de 1981 fue el primer entierro de mi mamá pero ella no estuvo, ni viva, ni muerta. ☹

**DR. CARLOS IGNACIO CORDOBA, E HIJOS**  
INVITAN a las exequias de su esposa y madre la señora.  
**ANITA GONZALEZ DE CORDOBA**  
Que se celebrarán en la Capilla de Campos de Paz  
Hoy sábado 29 de agosto de 1981 a las 3:30 p.m. Salida: 3:00 p.m.  
Dirección: Sala de Velación La Piedad, Bolivia Nro. 45-98 Tels. 546214 y 546197  
Funeraria LA DIEDAD  
Parque Bolívar Tel. 45 49 08

**INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA SALUD**  
INVITAN a las exequias de la Sra.  
**ANITA GONZALEZ DE CORDOBA**  
Que se celebrarán en la Capilla de Campos de Paz  
Hoy sábado 29 de agosto de 1981 a las 3:30 p.m. Salida: 3:00 p.m.  
Dirección: Sala de Velación La Piedad, Bolivia Nro. 45-98 Tels. 546214 y 546197  
Funeraria LA DIEDAD  
Parque Bolívar Tel. 45 49 08

# Se vende Plumalú



por NICO VERBEEK

Ilustración: Titania Mejía

¿Qué tiene que ver una finca en el suroeste antioqueño con una firma de comisionistas de bolsa en Medellín? No mucho, a primera vista. Pero en mi caso la venta de la primera me llevó a los brazos de la segunda. El hecho de que el comisionista tuviera su propia finca muy cerca de la mía es algo casual, pero le da un toque casi sobrenatural a los acontecimientos que terminaron en drama.

Todos sabemos, según un dicho muy conocido, que solo se es feliz con una finca en dos ocasiones: al momento de la compra y al momento de la venta. Puedo decir, por experiencia propia, que hay mucha verdad en esa sabiduría popular.

Hace más o menos diez años no podía imaginar una felicidad más grande que tener una finquita, un pedazo de tierra con árboles y flores que pudiera llamar mío. Encontré una pequeña finca cafetera en el suroeste antioqueño, a dos horas y media de Medellín, con cinco mil palos de café, un pequeño beneficiadero y una casa de campo de bahareque donde en los fines de semana podía sentarme a ver caer la noche lentamente.

También conocía otro dicho popular que me repitieron algunos miembros de mi familia política varias veces antes de que yo concretara la compra de Plumalú, el nombre de mi futura finca. Me decían que una finca es como un hueco donde se puede enterrar toda la plata que quiera. Llovían advertencias sobre los riesgos financieros que puede traer un sueño bucólico. La experiencia de tener una finquita me enseñó que también en esta última expresión hay mucha verdad.

Efectivamente, no tardaron en aparecer los gastos para los rubros pensados y menos pensados: comida para los animales, herramientas de trabajo, repuestos para la pelton y la despulpadora de café, gasolina para el carro... Nunca había sentido la necesidad de tener un carro en la ciudad pues es mucho más fácil transportarse en bicicleta, bus o taxi. Sin embargo, cuando compras una finca, ya no hay nada que hacer, necesitas un vehículo para llevar y traer bultos cada fin de semana, de la casa a la finca, de la finca a la casa. Y tenía que ser un vehículo capaz de superar el último tramo de la ruta, una trocha espantosa de más que diez kilómetros. Entonces, compré un Lada Niva, un carro con bastantes años y problemas encima. Cada lunes me veía obligado a ir donde mi mecánico de cabecera para que arreglara alguna avería. Me extrañó un poco esa sensibilidad del Lada, debería estar acostumbrado a terrenos mucho más duros en las estepas empantanadas de Rusia.

Otro problema muy mencionado en las anécdotas de terror sobre la dudosa alegría de tener una finca es la lucha permanente con los mayordomos. No soy hombre del *Ancien Régime* y me considero una persona de firmes convicciones democráticas e igualitarias, pero nunca pude con mis mayordomos. En cinco años tuve seis o siete, y no fue que yo los despidiera. Al contrario, todos se despidieron de mí después de una estancia corta y bastante ociosa en Plumalú. Ni un salario fijo, ni un trabajo suave ni nada podía convencerlos de quedarse.

No ayudó mucho el hecho que el vecino de la finca, que de vez en cuando trabajaba conmigo como jornalero, le dijera a cada mayordomo nuevo que llegaba a Plumalú: "Tranquilo, tómatelo suave, a don señor no le importa mucho si trabajas o no. Además, él no se da cuenta de nada..."

Por cosas del destino me enteré al final, por boca de mi último mayordomo, con quien logré una cercanía poco usual, que a Plumalú se le conocía en el vecindario como "el escampadero", y que los mayordomos trabajaban durante la semana en otras fincas, cogían café donde los vecinos e, incluso, uno de ellos se divertía en su tiempo de trabajo llevando de paseo a las muchachas del colegio en su moto. Por supuesto que este

tipo de cosas no contribuyeron al éxito económico de mi empresa agrícola.

Tampoco quiero ser injusto y descargar todos los contratiempos de la finca en los mayordomos, pues a fin de cuentas la responsabilidad debe recaer en la persona que empezó esa aventura, el propietario. Y sin duda yo no era la persona más indicada para tal empresa agrícola, que requiere casi un superhombre: mezcla de ejecutivo empresarial, jefe de personal, agrónomo graduado, contador...

Después de un tiempo me di cuenta de que si las cosas seguían su curso, tarde o temprano la carga financiera de la finca me dejaría en la calle. Y honestamente no había muchas razones para pensar que las cosas iban a cambiar. El precio del café no iba a subir y otros productos que había sembrado nunca iban a hacer la diferencia, pues la sola distancia de la finca al punto de venta hacía inviable tal empresa.

Es por todo eso que la sabiduría popular se hizo realidad y la venta de la finca se convirtió en el segundo momento de felicidad. O por lo menos en un sentimiento de satisfacción y alivio al haber evitado una bancarrota segura.

Y aquí es cuando entra en la historia Ricardo Vásquez, comisionista de bolsa que me iba a ayudar a encontrar una buena manera de invertir el dinero de la venta de la finca. No tenía ninguna duda sobre los estándares morales o la honestidad de Vásquez, pues me fue recomendado por mi propio cuñado, quien tenía muy buenas referencias de él; además, eran socios en algunas inversiones. Mejor recomendación imposible.

El comisionista tenía su oficina en el último piso del Edificio del Café, en el Centro de la ciudad, detrás del Banco de la República. Cuando entré allá la primera vez me sentí perdido en una película vieja, en blanco y negro. Subí en un ascensor tripulado de principios del siglo XX, deambulé por un laberinto de pasillos y oficinas con puertas de madera pesada, detrás de las cuales, pensé, debían estar adelantando negocios muy sólidos y confiables.

La oficina de Ricardo Vásquez era tal y como yo me imaginaba las oficinas de un gerente de Fabricato o de Coltejer en los años cincuenta del siglo pasado. Escritorios de madera fina, alfombra en el piso donde desaparecían mis zapatos por completo, un techo alto y blanco. Lo único moderno en la oficina de Vásquez era un computador con una pantalla grande para seguir la cotización de acciones en las bolsas de todo el mundo.

La oficina tenía además una ventana enorme con una vista espectacular sobre la ciudad de Medellín y sus rincones más lejanos. Era una ventana de las antiguas, de las que se abrían de par en par, no de las modernas que son una placa de vidrio sin principio ni fin.

De inmediato se me vino a la mente una película que había visto hace muchos años y que revivió en mi recuerdo gracias a ese edificio, esa ventana y esa imagen de altas finanzas en un cuadro de época. *El gran salto*, de los hermanos Coen, un par de gringos locos con un sentido de humor algo extraño y una visión aguda y satírica del mundo. En la película se burlan de la vida empresarial y su codicia amorosa. Todos los trabajadores de la empresa comparten la ambición de convertirse en directores de la compañía y mudarse al último piso del edificio, pero poco después de lograrlo se suicidan saltando por la ventana. Al menos así era como recordaba la trama de este film.

Tengo que confesar que sentí una inmediata empatía con Ricardo Vásquez. Era un hombre supremamente amable, transmitía una extraña familiaridad. Tenía cerca de cincuenta años,

vestía un traje no demasiado fino, algo casual diría yo. El día que llegué a su oficina estaba leyendo un periódico. Primero hablábamos, como es costumbre en Antioquia, de posibles conocidos en las dos familias y rápidamente nos dimos cuenta de que habíamos sido vecinos, pues su finca estaba ubicada en una vereda cercana a donde estaba mi querida Plumalú.

Lo que no me parecía muy usual para un comisionista era que en ningún momento tratara de convencerme de comprar algo, ni siquiera me trataba de seducir para engancharme en algún plan supremamente rentable y seguro al mismo tiempo, como deben hacer todos los comisionistas de bolsa del mundo. Al contrario, parecía que su corazón no estaba en eso, como si en realidad no quisiera vender nada.

Vásquez hablaba mucho sobre su familia, sobre su finca y sobre sus años como aprendiz cuando había vivido en los Estados Unidos. Tuve que ser yo mismo quien pusiera el tema de rigor sobre la mesa, y apenas en ese momento accedió a hablar sobre intereses, plazos, riesgo de inversión y cosas por el estilo.

Me dijo que las cotizaciones de bolsa en muchas partes del mundo venían cayendo, pero tampoco parecía algo que lo preocupara realmente. Por lo menos así lo entendí en el momento. En retrospectiva, y sabiendo lo que iba a pasar, esta pudo haber sido una mala interpretación.

A final de nuestra conversación quedamos en que yo iba a pensar todo muy bien y que en el momento en que tomara una decisión volveríamos a hablar. Quedamos en vernos la semana siguiente para entregarle el dinero que había recibido por la venta de la finca.

Recuerdo la voz temblorosa de mi cuñada cuando me llamó pocos días después de mi visita a la oficina de Vásquez. Al principio no entendía muy bien de qué me estaba hablando. "¿Le entregaste la plata a Vásquez?", me repitió varias veces.

"¿Qué, por qué, qué pasó?", le contesté yo, confundido. Yo no estaba pensando ni en mi comisionista, ni en la finca, ni en la plata, en nada de eso, y me costó cambiar el chip para saber de qué hablaba. Solamente atiné a repetir, "¿pero por qué, pasó algo?"

"Pues sí, Ricardo Vásquez se suicidó. La empresa está en bancarrota. Todos perdieron la plata..."

Me quedé callado un buen rato. Tenía planeado cuadrar la cita con Vásquez el día siguiente para cerrar el negocio. No lo hice antes porque pensé que no había prisa. Sinceramente no tenía dudas sobre Vásquez.

Sin embargo, con la nueva información que me dio mi cuñada, vi con otros ojos la conversación que habíamos tenido unos días atrás. Tal vez de forma inconsciente, Vásquez me había mandado el mensaje de esperar un poco, de pronto hasta que él solucionara sus problemas.

Nunca sabré si en ese momento pensaba en una solución tan drástica para salir de sus afugias, pues parecía que sus negocios iban de mal en peor desde hace tiempo, y con las últimas noticias sobre sus acciones se hizo evidente que nunca podría responderles a sus clientes.

Me demoré un buen rato en darme cuenta de mi suerte al librarme de la doble amenaza luego de los felices momentos de compra y venta de la finca: primero perderla por uso y abuso de mis trabajadores y mi propia ineptitud agrícola, y después perder el dinero de la venta al invertir en una empresa quebrada.

Vásquez no había saltado por la ventana como los empleados en la película que yo había tenido en mente. Se suicidó con un tiro en la cabeza y lo encontraron en el cafetal de su finca, muy cerca de otra finca que a esas alturas ya no era mía. ☹

# SON DE LOS BARRIOS

por SERGIO VALENCIA

Fotografías: Archivo Tito Montoya

La hazaña de Pachanga Orquesta en Cali abre 30 años de salsa y sabor, el libro para celebrar el cumpleaños de Latina Stereo. Y que tenga pa que se entretenga.



“¡Sicarios!”, “¡lavaperros de Pablo!”, era lo que gritaban algunos de los cuatro mil salseros reunidos el 28 de diciembre de 1991 en el Teatro Los Cristales. Con esos insultos, que por esa época y en ese lugar significaban casi sentencias de muerte, trataban de aliviar la amargura que les causaba lo inminente.

Durante tres horas, ocho orquestas jóvenes se habían enfrentado a punta de timbal, cobs y cuero, y al final dos empataron en el primer lugar, entre ellas Pachanga, la única forastera. El jurado, presidido por la legendaria Amparo Arrebató, resolvió entonces que cada una tocara una pieza más para salir de dudas.

La otra orquesta interpretó muy bien una popular canción ajena, bastante pegajosa, y revivió las esperanzas locales. En cambio, Pachanga tomó la temeraria decisión de batirse con *La profecía*, una composición propia absolutamente desconocida para cualquiera pero incubada en sus intestinos salseros. Y las ganas con que la tocaron, esa fuerza convencida, hicieron la diferencia. La multitud, pese a estar obviamente inclinada por los de su región, premió con aplausos la calidad de los doce pelaos de Medellín, salvo aquellos infelices que con sus alaridos insinuaban que el cartel de Escobar había comprado el concurso.

Quedó para la historia que Pachanga, una agrupación brotada de los barrios y dedicada a hacerle honores al sabor, se coronó como la Mejor Orquesta Joven de la Feria de Cali, ciudad reconocida nada más y nada menos que como la Capital Mundial de la Salsa.

## Una banda juvenil

Pachanga Orquesta nació en los tiempos más oscuros de Medellín, aquellos en que su siempre amenazado futuro se dio por perdido.

Pero como es más que suficiente lo que se ha discutido, hablado, escrito, conversado e inventado acerca de lo que sufrimos en esta ciudad entre los años ochenta y noventa del pasado siglo, dejemos de lado los carobombas de la mafia, los secuestros guerrilleros, los asesinatos de candidatos, las masacres paramilitares, el exterminio de la UP, los reclutamientos urbanos, la plaga de pistoleros a sueldo, el incendio del Palacio de Justicia y etcétera, para concentrarnos en lo que en agosto de 1990 delataba Alonso Salazar en su oportuno libro *No nacimos pa semilla*: “Vivimos en una ciudad en guerra donde (...) los protagonistas son los jóvenes. Ellos son los que matan y mueren”.



Así era. La guerra nos confundió a todos. La cruel realidad nos explotó en las narices y nadie atinaba a dar ni con las razones ni con las soluciones. Y mientras lo que apostaba en el país había peor en Medellín, los muchachos de Pachanga crecían en barrios donde la violencia era dueña y señora, y acaparaba las oportunidades de ser alguien.

De Manrique y Aranjuez llegaron Tito, Édgar y Albeiro a la Corporación Región —una ONG que fundamos un grupo de universitarios para tratar de entender lo que nos azotaba—. Venían a contarnos que estaban armando una orquesta de salsa con otros parceros de esas comunas y que necesitaban un empujón para salir a mostrar lo que, en sus palabras, tenían: Salsa de Medalla para el mundo entero.

Para esa juventud enredada por tener que hacerse adulta en el más deteriorado de los teatros, la salsa resultó ser un refugio y un símbolo de otra ciudad, una ciudad sombría y paradójica, muy diferente a la Tacita de plata en la que prosperaron sus viejos. Al ritmo de la salsa muchos se detestaron de su origen y se conectaron a su manera con el mundo que está más allá de las montañas, a la vez que comprendían, aunque a la brava, que una ciudad con severos complejos latía bajo sus pies.

Ellos tres ya habían pregonado el sabor por las calles, en huelgas, convites y marchas. Incluso en el festival de teatro de Manizales habían tocado y en las fiestas municipales de Segovia, donde llegaron un día después de que se la tomara el ELN y todavía ardían las cenizas del comando de policía. Ahora estaban dedicados a soñar con una banda grande y para eso reclutaron a Freddy Grisales, hijo de tigre, y en su casa ensayaban con los instrumentos que les prestaba su papá. Hasta allá, por quince largas y

empinadísimas cuerdas, cargaban el pesado órgano Thomas que la mamá de Hárold compró de segunda en su iglesia, y hasta allá llegaban los reclutados en otros barrios a montar las canciones de Tito y los temas que adoraban, y oían día y noche en Latina Stereo, la emisora que un iluminado inventó para que pudieran *traquiar* todos los radios con la música que ocupaba el corazón de las mayorías, en tiempos en que un elepé valía un ojo de la cara.

Y hasta allá fuimos la Mona y yo para ayudarles y de carambola salimos favorecidos, pues sintiendo los ánimos con los que ensayaban esos unidos por la fe en la salsa, haciéndose los locos con la calentura que los rodeaba, nos sacudimos un poco esa retórica de la Corporación que rezaba cosas como: “Solo descubriendo la raíz social que da origen a las conductas sociales es posible proponer acciones que realmente incidan de conjunto en la problemática”.

¿Conductas sociales? ¿Acciones que realmente incidan? Pachanga era la prueba evidente, sin rodeos, de que existían caminos para oponerse a la violencia. Esos muchachos militaban en una banda juvenil muy distinta. Eran felices contra la adversidad. Cantaban “y si me amarran los pies, con las manos bailaré / Si me amarran todo el cuerpo, bailaré en mi pensamiento”. Eran la resistencia.

## Primero el sabor

Como el talento estaba asegurado, las necesidades, aunque muchas, encontraron solución. Con plata puesta y prestada se compró la tela para los uniformes y una hermana del bongosero regaló la costura. El Primo fiaba el transporte de los instrumentos en

su camioneta. Amigos con influencias conseguían presentaciones. Una fanática donó las primeras camisetas con el logo. Músicos con algo más de prestigio ayudaban con arreglos y consejos. Y los demás acompañaban sin falta a la orquesta hasta los lugares más remotos para hacerle barra y bailar con furia.

Así, ya con bajo y piano nuevos, Pachanga brilló en todas partes, sin descanso: en la cárcel de Bellavista, donde acompañó además a Alfredo de la Fe; en la inolvidable Salsavía de Manrique con Jairo Grisales tocando *Carruseles*; en la Macarena alternando con Nelson y sus Estrellas; en la Salsavía de San Juan con Caneo y Galé; y en Bello, Itagüí, Castilla, la U de A, Niquitao, con la constante compañía de George Saxon Gaviria; y en fiestas de quince y jolgorios de oficina y en tabernas y discotecas... sin dejar nunca de insistir con sus propias canciones, entre las que sobresalía *Son de los barrios*, el primer tema que grabaron en uno de esos acetatos chiquitos que llamábamos sencillos, metido en una carátula que los retrata en una calle de Campo Valdés, en una de esas esquinas en las que, como dice su canción, se aprende a escribir la vida.

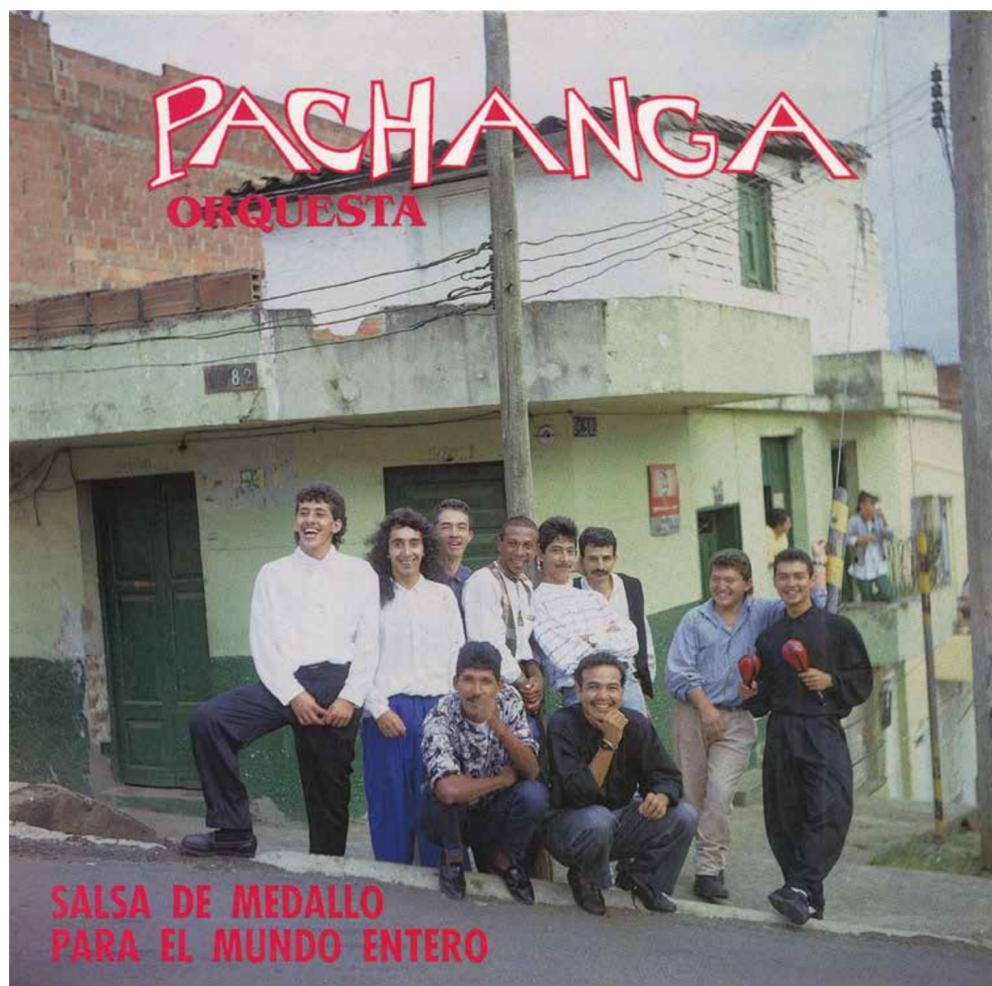
Con ese disco sí que dieron palo. A sabiendas de que todavía nadie lo iba a comprar, se dedicaron a repartirlo estratégicamente entre periodistas, posibles aliados y emisoras. Pero sobre todo se lo regalaron a la fanaticada, con el compromiso de que llamaran sin tregua a las emisoras para pedir que lo pusieran. Y funcionó. En Latina, que desde entonces fue cómplice de Pachanga, lo molieron y aún de vez en cuando se escucha en ese dial que “de los barrios bajos traigo ritmo y cuero / y de la comuna traigo sabrosura”.

Ese disco fue el que Tito le entregó a Larry Harlow en el gran concierto de orquestas que Pachanga mereció abrir como premio por haber sido elegida mejor orquesta joven de la Feria de Cali. El judío maravilloso no quería recibirlo hasta que le explicaron que era salsa de barrio, y entonces lo guardó con cuidado en su chaqueta. Ese disco fue el que le entregaron los muchachos a sus ídolos de El Gran Combo esa noche en la que le sirvieron de teloneros.

Pachanga Orquesta siguió avanzando como la primera de una nueva generación de la salsa en tierras antioqueñas, con inclinación por la salsa dura, acabando con la mala fama de "gallegos" que cargamos por aquí, disfrutando, como dice el incansable Tito, de la oportunidad de hacer parte del sabor, del otro, del que nace del barrio, porque eso somos.

Pero un día de 1994 equivocó su rumbo y se perdió. En la tarea de grabar su primer CD, bajo la dirección del talentoso pianista Andrés Hernández, el mismo de Son 14, se tomaron malas decisiones. Andrés les entregó con generosidad sus conocimientos a los muchachos y puso sus sueños en un escalón más alto; sin embargo, no grabó con todos los músicos originales, los que eran el alma de Pachanga, y el CD quedó postizo, sin espíritu propio, sin el sonido de los amigos. Ese descache y las deudas adquiridas para lograrlo, sellaron el fin. Aunque hay que decir que Tito sigue por su lado con la bandera en alto, reivindicando todo lo hecho.

Seguramente, como los problemas de Medellín no se han acabado, deben andar por ahí muchos otros jóvenes artistas tramando revolucionar, como aquellos que se atrevieron a situar a Pachanga en la historia local de la salsa. Sean por siempre bienvenidos; estamos a sus órdenes.



“...y ser al menos una vez nosotros, bien nosotros, tan nosotros ¡como debe ser!”  
Eladia Blasquez

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

**CONFIAR**  
COOPERATIVA FINANCIERA

[www.confiar.coop](http://www.confiar.coop)

**El Túnel**  
Café y Cocina

Lunes - Sábado  
12:00 m. a 10:00 p.m.  
Cra 42 #54-62  
Teléfono: 2396536

**CIUDAD SALUDABLE**

QUE LA CIUDAD SEA TU CAMPO DE JUEGO y ACTIVACIÓN. APROPIATE DE SUS ESPACIOS PARA EJERCITARTE y MÓVER TU CUERPO.

**Activo mi vida**  
Disfruto la Actividad Física

Medellín, muévete diferente

Alcaldía de Medellín Medellín todos por la vida

**ESCUELA DE VERANO**  
UNIVERSIDAD EAFIT

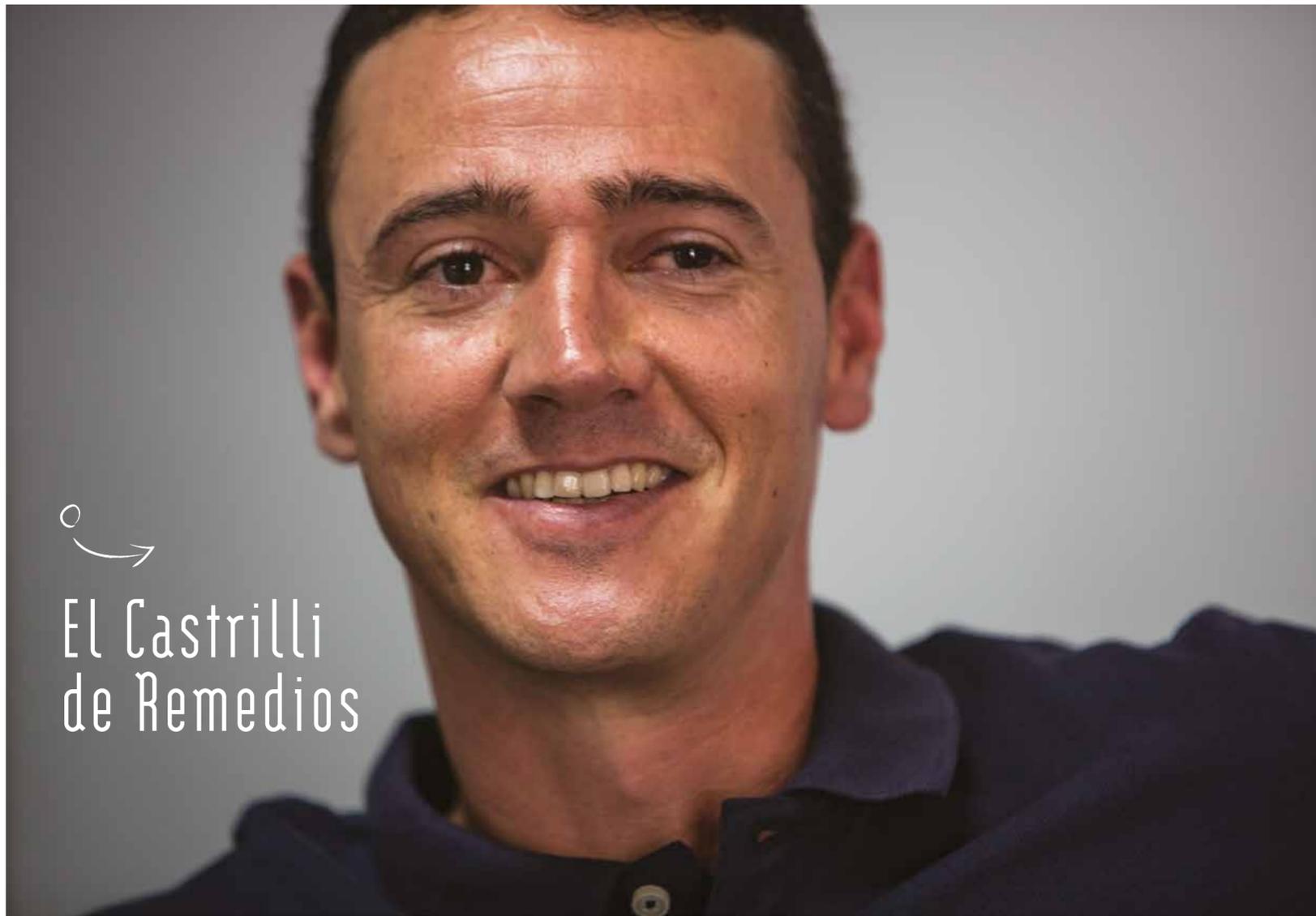
**UNIVERSIDAD EAFIT**

La oportunidad para conocer tu pregrado de interés.

Cursos del 30 de noviembre al 11 de diciembre para jóvenes de los grados noveno, décimo, once y doce.

Inscripciones abiertas hasta el 20 de noviembre.

Más información:  
[www.eafit.edu.co/escueladeverano](http://www.eafit.edu.co/escueladeverano)  
o en la línea de atención al usuario:  
(57) (4) 4489500 opción 5



## El Castrilli de Remedios

### REDACCIÓN UC

Fotografía: Juan Fernando Ospina

“La primera vez que vi un televisor fue en 1986, me mandaron a la tienda a comprar una libra de panela y me gané una pela porque me demoré las dos horas que duró el partido Uruguay-Dinamarca en el mundial de México.

Desde pelado me gustó mucho el fútbol, jugaba con los amigos en los torneos de Babyfútbol, aunque también me gustaba el baloncesto. Como a los diez años me pegó el tema del arbitraje cuando desafié a una profesora en la clase de educación física. Ella estaba pitando y yo era el arquero, ella pitó un penalti y yo le dije que no era penalti, a lo que me respondió, ‘ve ¿y es que vos sabes pitar mucho o qué?’, y yo, que era un monito muy contestón, le dije: ‘Pues más que vos sí’, y me dijo, ‘entonces vení y pita’.

Como yo veía que los árbitros sacaban tarjeta amarilla y roja, le dije, ‘venga que esto no es solamente con el pito, esto es también con las tarjetas’. Me fui

para la tienda de la escuela y busqué en el basurero un empaque de Bon Bon Bum que era rojo, y el de una cajita de chicles amarilla. La profesora me entregó el pito de piñata, y le dije, ‘lo que uno no sabe, se lo inventa’. Pitó el partido y todos me creían. De ahí empecé a pitar el interclases. Ya me gustaba más pitar que jugar.

A los doce años empecé a pitar en Remedios los torneos de la sub-8 y la sub-10, y jugaba la sub-13 y sub-14, también estuve en la Selección Remedios juvenil.

Me decidí por el tema arbitral cuando me llamó Juan Manuel Gómez y me dijo, ‘va a haber un zonal para el nordeste antioqueño en Segovia, ¿va a ir a pitar?’. Yo le dije que estaba en la Selección de Remedios y él me dijo, ‘decídase, o pita o juega’. A mí me había sacado el técnico porque perdimos con Vegachí 2-1, de visitantes, por un error mío. Le tiré la camisa y dije, ‘hasta aquí llegué en la Selección, ya no más fútbol, me

meto solamente a pitar’. Todo el mundo aplaudió esa decisión. Eso fue en el 95 ó 96.

El Intermunicipal es el torneo más difícil que he dirigido en la vida, y he pitado todo, los torneos habidos y por haber a nivel nacional e internacional. Cuando yo llegaba, veían un monito, flaquito, y la gente no me creía; pero cuando me ponía el uniforme en el que yo me decía que era el mejor del mundo, con el pelo engominado, entraba bien a la cancha, empezaba a pitar y todo el mundo creía en las decisiones que yo tomaba.

Yo soy montañero del nordeste antioqueño: nací en Amalfi, me críe en Remedios, pitaba en Segovia y tenía una novia en Vegachí. Los pueblos del nordeste me los conocía de pe a pa. Empecé a tener este carácter por mi mamá y mi abuela. Ellas eran muy bravas. Nosotros no éramos una familia con *melosería*, picos y abrazos, nada. Si usted no hacía caso, taque, tome su zurriagazo, si no iba a traer lo que le pedían, se ganaba el otro. Yo valoro eso porque me ayudó a formarme en carácter, a no estar agachando la cabeza, a poder decir que no ante cualquier adversidad. Cuando uno decide meterse en el tema arbitral tiene que estar bien puesto en la cancha, con fuerza, con fortaleza, con autoridad.

Empecé empírico, pitando por el conocimiento que tenía como futbolista. Alguna vez un árbitro fue a dar un

curso a Remedios y a mí me inscribieron, tenía trece o catorce años. Cuando hicieron el examen de quince preguntas, yo saqué dos puntos, porque decían: diga las siete causales de expulsión, y yo puse, decirle hp a un jugador, pegarle una patada muy duro a un jugador, sacarle sangre a un jugador; preguntaron: ¿qué da tarjeta amarilla?, alegarle a un árbitro, empujar a un jugador muy duro; ¿cuánto pesa el balón? Yo puse que por ahí una libra. No sabía nada, no tenía reglamento. En ese momento comprendí que me tenía que preparar, empecé a leer, a estudiar y a ver partidos.

Yo seguía en esa época a un árbitro argentino, Javier Castrilli, que para mí ha sido el máximo exponente a nivel mundial, fue mi ídolo y lo sigue siendo. A mí me decían el Castrilli del nordeste antioqueño. Castrilli se hizo muy famoso en Antioquia después de pitar el partido de Supercopa entre Nacional y Santos: expulsó a la Turbina Trélez porque cuando hizo el 2-0 se colgó de la malla, le metió la amarilla, le metió la roja, y todo el mundo decía que cómo iba a echar al goleador en el Atanasio Girardot; después de eso se fueron a penaltis, hubo un tiro que entró y Castrilli dijo que no entró, y todo el mundo gritaba, se va a morir Castrilli, se va a morir. Y el tipo era como el señor hielo, era fuera de serie.

Yo crecí bajo la filosofía de ese señor. Entraba a la cancha y no me importaba quién estaba jugando. Nunca tuve

Comenzó el partido y fue una cosa terrible. El primer tiempo terminó 0-0. Volvieron los señores. ‘Oiga monito, ¿usted no quiere recibir la plata?’, ‘yo no quiero recibir plata, a mí me pagan los sesenta mil pesos’. Yo había pensado que con esa plata me iba a comprar unos zapatos para el colegio. El tipo sacó un arma y me dijo: ‘Si hoy pierde Pato usted de aquí no sale vivo, y mire que estamos muy lejos del puerto pa coger la chalupa pa Zaragoza. Esto es un desierto, usted no tiene salvatoria’. Y le dije, ‘hermano, si me van a matar hágale. Ayer mataron 35 personas en Remedios, no se preocupe por eso’.

Me metí al segundo tiempo y hubo un gol de Pato, y después otro. Ganaron 2-0. No me iban a pagar después del partido, pero yo tenía los carnés y les dije: ‘Estos carnés los mando para Medellín y ustedes no pueden jugar la final contra Caucaasia’. Trajeron la plata, me pagaron los sesenta mil pesos y me tocó amanecer en Segovia. Por la noche me dice el director de deportes: ‘Vamos que por allá están unos señores que lo quieren conocer’. Se me acercó un señor y me dijo, ‘mire, yo soy tal persona, yo lo quiero conocer a usted porque le mandé quinientos mil pesos y usted no los quiso recibir, y yo quiero saber por qué’.

Y le dije con la inocencia de un pelado de catorce años, ‘no ve que en la planilla decía sesenta mil pesos’. ‘No, es que eso era para que usted nos hiciera ganar a nosotros. Pero menos mal hermano usted no los quiso recibir, porque se los dimos al arquero y a un defensor central de Zaragoza’. Entonces recordé que el arquero no cogió ese balón que venía cruzado, y que el defensa hizo un penalti más grande que la catedral de Manizales. Después de ese partido dije que iba a ser árbitro profesional. Ese fue el primero de los casi cien partidos que pité a nivel intermunicipal en Antioquia.

En el Intermunicipal aprendí a no tener miedo. Ir a un municipio y saber que podría ser la última vez que estuviera vivo, porque los partidos eran una fiesta, todo el mundo tenía que ver con el Intermunicipal de los noventa. Una vez en San Rafael expulsé tres jugadores: uno era el alcalde, el otro el personero y el otro el comandante de la policía. Me decían que de ahí no saldría vivo. Me salvó un miembro de la policía que había visto el partido y apoyaba las decisiones que había tomado. Me escoltaron hasta la salida del pueblo y me dijeron: ‘Hasta aquí es jurisdicción de nosotros. Usted espere el bus para Medellín, no podemos hacer más nada, hasta aquí lo trajimos vivo’.

Remedios-Segovia es el partido más difícil que he pitado en mi vida. Yo vivía en Remedios y pitaba en Segovia, si yo me equivocaba con uno o con el otro, prácticamente, no podría vivir en Remedios o ir a pitar a Segovia. Al mismo tiempo que pitaba, yo jugaba en el equipo de la juvenil en Remedios. El partido era a la una, estábamos calentando y dijeron que el árbitro se había quedado en un derrumbe en Yalí. Los delegados se reunieron y el técnico Amórtguy me dijo: ‘Roldán vea su carné, váyase para su casa por las cosas de arbitraje porque usted es el único que tiene aval de la Liga aquí para pitar Intermunicipal, vaya y cámbiese’.

Yo quería jugar ese partido. Boca River, Milán-Inter o Nacional-Medellín no eran nada comparados con Remedios-Segovia. Era una cosa apoteósica, la gente no cabía alrededor de la cancha. Siempre fui hincha de la Selección Remedios, era el único equipo que a mí me importaba, los colores amarillo, verde y negro. Me fui para la casa más aburrido que un berraco. Cuando volví a la cancha, la gente me

iba a saludar y no saludé a nadie. Yo ya era el juez. Mis compañeros, con los que entrenaba todos los días o estudiaba en el colegio, pensaron que iba a estar a su favor, pero cuando yo entraba a la cancha me convertía, ya no veía caras. Empezó el partido y hubo un penalti y una amonestación en contra de Remedios.

El partido juvenil quedó 2-2, pero seguía el de mayores. Estaba lleno de gente, estaban los ídolos míos, como Bertulfo y Nicolás Patadura, manes eran para mí como un equipo de Colombia. Empezó el partido, una cosa trabajada, luchada. Cuando pitaba algo en contra de Remedios se metían los borrachos a la cancha a tratar de agredirme. Tiraban botellas y yo mismo las sacaba de la cancha y las quebraba. Unos aplaudían, otros me insultaban, eso para mí fue una cosa terrible. Quedó 3-3, empató Remedios que iba perdiendo 3-2. Nadie me hablaba. El que me había llevado en la moto no volvió a aparecer. Hubo un pelado que estudiaba conmigo en el colegio y me dejó de hablar como seis meses porque le había sacado una amarilla. En realidad trabajé el partido conforme al reglamento, con carácter, con fuerza.

En el 95, durante unos juegos departamentales en Santo Domingo, había un árbitro de Segovia y quisieron llevar uno de Remedios. El señor Guillermo Beltrán me dijo que me fuera para allá en representación de Remedios. Me fui sin plata, sin nada. Allá me fui a hablar con los árbitros y les dije que yo venía de Remedios a pitar. ‘Aquí árbitro de Remedios no hay. Espere hasta mañana que viene Juan Manuel y habla con él a ver qué pasa’, me dijeron. Me tocó irme para el colegio donde estaban hospedados los deportistas. No había colchoneta, ni comida. Saqué los balones y me metí dentro de la tula. En Santo Domingo hace un frío terrible, casi me da una hipotermia. Al otro día me dieron una aguapanela con un panquequero y me fui al parque a esperar. Cuando llegó Juan Manuel me preguntó si sabía pitar, me dijo que a las nueve era el primer partido y que si me iba bien seguía en el torneo.

Me metí en ese partido que era el inaugural. Quedó 4-0. Pitó penalti y saqué rojas. Cuando terminó el partido Juan Manuel dijo, ‘este pelao es mejor que todos ustedes juntos. Lo dejan en el torneo’. Ahí conocí a Juan Manuel. Él llamaba a Segovia y decía, ‘pongan al mono de Remedios, pongan al mono’. Empecé a ganar la credibilidad desde la Liga Antioqueña de Fútbol para los intermunicipales, regionales y todo lo que tenía que ver con el fútbol a nivel departamental.

Me vine a vivir a Medellín en el 99. Tenía dieciocho años y todos los partidos encima. Empecé en la Liga. Cada

año mejoraba la categoría: primero departamental y después nacional. Todo el mundo me conocía, llegaba a la cancha y los jugadores decían: ahí viene el mono. En realidad ahí empecé a descubrir que Roldán podía llegar a ser un árbitro profesional.

Siempre he dicho que lo que viví como árbitro del Intermunicipal de Antioquia no lo he vivido en ningún otro lugar. La presión, la intensidad, la importancia que le daban a esos partidos; uno se volvía el epicentro, como si el árbitro con sus decisiones clasificara o no a todo un pueblo. Todas esas cosas las empecé a valorar mucho y me decía que lo que yo hacía era muy importante. Cuando entré a la B, en el 2002, pensé que era igual a un Intermunicipal, pero no era igual; era menos que un Intermunicipal, por eso me fue muy bien. Estuve un año en la segunda división de Colombia y di el salto en el 2003 al fútbol profesional colombiano.

El partido que más me gusta dirigir es el clásico antioqueño, por ser el de la tierra. He dirigido diez y es más tranquilo en comparación con el clásico vallecaucano, o el capitalino. Las finales son partidos difíciles, de las seis que he dirigido en Colombia, Junior-Equidad fue un partido como Remedios-Segovia, al borde de los golpes, de la conducta violenta. En catorce años de fútbol profesional colombiano he dirigido más de 250 partidos.

Cuando entro a la cancha yo sé que me puedo equivocar en cualquier momento, porque nosotros vivimos siempre en esa línea delgada de acertar o errar, y máxime cuando en milésimas de segundo tienes que tomar una decisión. Cuando estaba comenzando me daba muy duro darme cuenta de un error, pero ahora lo tomo como algo normal, como cuando el delantero se come un gol, cuando al arquero se le pasa el balón, cuando el defensa no hace bien un cierre, cuando el volante entrega mal o cuando el técnico se equivoca en un cambio. Yo creo que hace parte del fútbol, y por eso el fútbol es diferente a los demás deportes, porque siempre va a existir la polémica, el error humano, y yo lo veo como parte de la profesión.

A nivel internacional me ha tocado pitarles a los grandes futbolistas de las grandes selecciones. Estuve destinado a dirigir la final de la Copa América. Veía la nómina de Chile y Argentina con esas estrellas. Poder decir que le dirigí a Agüero, a Pastore, a Messi, a Higuaín es fenomenal. Poder dirigir a estos jugadores a los que la gente solo ve en televisión, y yo estar ahí, al lado de ellos, y ver cómo juegan, qué hacen, cómo son estrategias en la cancha, cómo organizan, cómo distribuyen el juego, cómo se desmarcan. Eso para mí es un disfrute”. ☺

# Memorias del primer tranvía

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Alejandra Congote

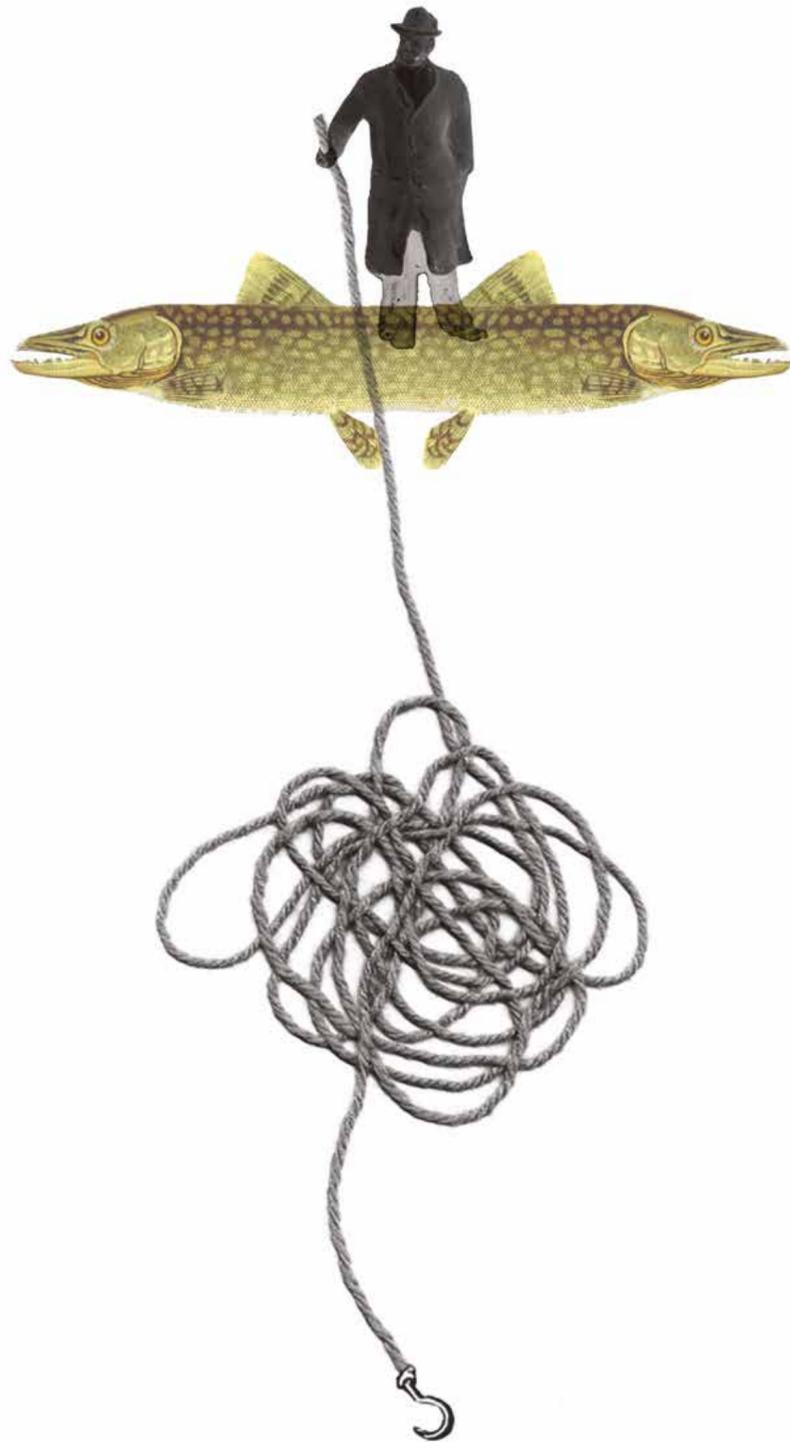
El gran payaso de la prosa moderna, el celebrado palabrero de Aracataca, dijo alguna vez, a propósito de su autobiografía a punto de publicarse, que al principio había querido llamarla *Memorias falsas*, porque, según sus palabras, la vida no es la que uno vivió sino la que uno recuerda para contarla.

Y bien puede ser. Porque la memoria es selectiva y en últimas nunca pasa de ser el reflejo flexible de los sucesos, los seres y las cosas, en la corriente de una conciencia inestable. A veces se parece a un museo de objetos queridos expuestos con la claridad de un orden y, a veces, a un confuso basurero de fuegos fatuos y de gases que deforman, agrandan o disminuyen los materiales de sus contemplaciones como una lupa defectuosa donde la luz se comba o se quiebra.

Las desgracias se degradan o empeoran según el humor de los tiempos, y las alegrías concedidas, de acuerdo con la calidad de la luz, también sufren transformaciones inesperadas. Si la vida es sueño, como se ha repetido mil veces desde cuando lo dijo un poeta antiguo, entonces la memoria que de esta guardamos debe ser considerada como esas sensaciones vagas del despertar, como esos sentimientos difusos que persisten, cuando abrimos los ojos, de que algo pasó sin que sepamos bien qué significa, cómo definirlo ni lo que de veras vale. Los kogui de la Sierra Nevada dicen que soñamos para no perder la costumbre de ver. Pero el mundo es tan misterioso que podría ser al contrario: tal vez vivimos y nos movemos entre las apariencias para poder ejercer la facultad de ensoñar y filtrar las sustancias que servirán de alimento a nuestros sueños, los dulces y los amargos, los de las espinosas pesadillas.

Los escrutadores del alma humana, esa noción inasible, esa compañera inevitable del embuste del ser, del mismo modo como la sombra realiza a su modo el cuerpo que la acompaña, saben que el recuerdo potencia e inhibe muchas cosas que podrían lastimarnos, porque algo en nosotros quiere protegernos del autodesprecio. Pero a veces también nos sobrevalora. Por vanidad, por arrogancia o por autocomplacencia, a fin de darnos ánimo para cuando nos falte.

Pienso en Walt Whitman que cantó las banderas de los regimientos y el redoble de los tambores de guerra, y llamó a la muerte, con ternura, su novia, con el talante de un brahmán sabedor de que todo ocurre por una necesidad de la justicia y el equilibrio, sin desesperación, lejos del horrible concepto católico que convirtió la muerte en fuga



y descanso, menospreciando de paso la existencia. De cualquier modo, parece obvio que no estamos aquí para ser felices —desgraciados tampoco— sino para experimentar, para vivir y para testificar, en fin, quien sabe, si nos da la gana. Los espiritistas piensan que debemos aprender ciertas habilidades, que nacemos para digerir unas esencias y pulir algunas imperfecciones, antes de emprender la siguiente ronda, hasta alcanzar la sabiduría y escapar de la rueda del samsara de los renacimientos. Para el Buda, el retorno es una pena y un agravio, en contravía de lo que pensaba en su optimismo invencible el gran poeta del imperialismo norteamericano.

Mis recuerdos del Medellín de los años del tranvía son imprecisos pero imborrables. Y no estoy seguro si debo llamarlos felices o tristes, brillantes o grises. Tal vez he vivido desde la infancia para la indiferencia, al amparo de una incierta invulnerabilidad, con una inmerecida habilidad para asumirlo todo, o casi todo, como si fuera apenas un espectador ocasional, incapaz de emitir un juicio sobre el espectáculo terrestre. Sin embargo, algunas cosas hubo en mi vida que no dejaron de asombrarme. Recuerdo la estupefacción tranquila que experimenté cuando, con un toque de envidia, vi el primer perro lamiéndose la rosada verga con serenidad filosófica en algún portal envigadeño cerca del descampado donde aterraban los circos. Recuerdo que en mi primera visita a un circo, allá mismo, no hice más que preguntarme por qué razón la gente se reía de los pobres payasos si tenían esas narices trágicas y ese gesto de desdicha pintado en la boca y por qué, si echaban esos chorros de lágrimas sobre el público, este batía palmas como los monos.

Un día, el de la muerte de mi tía Carmelita, que se fue dejando un reguero de huesos en el tránsito, supe, con un vano y distraído temblor, que la gente se moría sin remedio. Aunque lo acepté amparado en la conciencia precoz de que todos estábamos avocados al mismo destino. Pero fue una mañana, de jueves según me parece, después de mi primer viaje en tranvía, cuando tuve mi primera impresión del absurdo. Cuando el conductor desarmó su timón, se dio la vuelta y repuso las clavijas atrás, cambiando de frente con seriedad sacerdotal para iniciar el regreso hacia el lugar de donde había partido sin asomo de resignación, como quien cumple con un deber perentorio, quedé lelo. El absurdo habría de convertirse para mí en una costumbre después de mi primera lectura de los diarios de Kafka en las ediciones verde oliva de la argentina editorial Emecé. Aún la conservo. El colofón señala que se terminaron de imprimir en Buenos Aires el 20 de agosto de 1953 en los talleres de la compañía impresora Argentina, S.A., situada en Alsina 20-49, por lo que pueda servir el dato. Y sobre todo, me impresionaron las cualidades convertibles de las sillas de madera del tranvía que les permitían a algunos desplazarse de espaldas a su destino, como si le jugaran una broma macabra al orden natural de las cosas. Indiferentes al futuro prometido, aferrados al inseguro inconstante pasadizo de las cosas.

Ahora me pregunto por qué los tranvías cambiaban de frente y solo se entendían con la línea recta en vez de hacer un círculo en alguna glorieta antes de

rehacer su camino. Por qué a nadie se le ocurrió inventar el tranvía *escualizable*, articulado, si el principio ya funcionaba bastante bien en las uniones de los vagones de los ferrocarriles. Pero entonces no me atrevía con los misterios de la mecánica. En mi recuerdo, el timonel, vestido de paño azul y con un quepis de visera de charol, cambió de frente en el Parque de Berrío, sin más, porque así funcionaban las cosas para él, y nosotros estábamos obligados a aceptarlas de ese modo si queríamos viajar en el tranvía.

Es posible que mi madre llevara un pequeño sombrero en forma de *croissant*, el propio de las señoras de aquellos tiempos, con un velo de hollines de punto sobre el rostro, y que yo ya estuviera incubando algunas ambiciones inverosímiles, sin decidir todavía si quería ser papa o torero. Yo no sé si mamá y yo veníamos en ese tranvía desde la Puerta Inglesa, que, si no estoy del todo equivocado, era la puerta del palacete campestre del legendario Coriolano Amador, el hombre más rico de Medellín en su tiempo, tanto que tenía la poestad de emitir billetes con su propio retrato. Muchos años más tarde supe que Coriolano, un personaje muy respetado en la casa de mi abuela porque una hermana suya, Delfina, estaba casada con un hombre que trabajaba para él, era además un hombre cruel. Que había hecho apalear al poeta Arcesio Escobar (1832-1867), un probable pariente mío, por el único pecado de haberse enamorado de la mujer del fabuloso empresario. Arcesio la asediaba con incansables serenatas de madrugada y con ringlezas de versos más o menos cojos a cualquier hora. Hasta que Coriolano se hartó de él. El pobre Arcesio perdió la razón después de la zurra. Y la historia lo recuerda por un poema que le dedicó al valle de Medellín, cuando el Aburrá destrenzaba su corriente como cinta de plata enredada en las lajas y el junca, según atestiguan en la cuarta cuarteta. El poema puede leerse en *Medellín en la poesía*, colección recopilada por Jaime Jaramillo Escobar para la Biblioteca Básica de Medellín, financiada por el Instituto Tecnológico Metropolitano, por lo que pueda servir el dato.

En las brumas de mi memoria me parece recordar que en Medellín jamás llovía. Todos los días de los que consigo acordarme son diáfanos, bajo el toldo azul del cielo, y de un aire fácil de tragar, porque los tranvías no contaminaban. Y me parece recordar que esos mastodontes de hierro y maderas curadas llegaban todos al Parque de Berrío, escorando suavemente y traqueteando como si musitaran alguna cosa. Desde el barrio Los Angeles, unos; y otros, desde Ecuador arriba, muy cerca de donde tenían un pequeño almacén de hilos y botones mis viejas tías Puerta, esas hermanas de mi madre que habían tenido tratos con el diablo en su juventud y que al fin se quedaron de solteronas. Y desde las cumbres, en fin, de Buenos Aires, donde yo comenzaba a crecer, en el barrio Alejandro Echavarría, y donde ya comenzaban a construir el Club Miraflores cuyos jardines estuvieron adornados con los bronces *art déco* de los tiempos de la prosperidad de mi tía Delfina. Ah. Coriolano además trajo el primer automóvil, antes de que Medellín tuviera las calles apropiadas para esos monstruos mecánicos que más tarde habrían de atosigar el mundo, como saben. Me parece recordar en una vieja revista

del tranvía que llegaba a Envigado. Pero puede ser un falso recuerdo. Uno tiene derecho a tener sus propios recuerdos falsos como otros falsifican sus diplomas. Los recuerdos falsos valen tanto como los auténticos.

Algunos críticos del nuevo tranvía de Medellín se quejan de la lentitud de este antiguo medio de transporte. Pero la gente es así. Inconforme. Debo anotar que cuando comenzaron a correr los primeros ferrocarriles norteamericanos, el puritanismo anglosajón escandalizado advertía que el cuerpo humano no estaba diseñado para ir dentro de una máquina que desarrollaba cuarenta kilómetros por hora y que probablemente se les iban a desbaratar los esqueletos a los pasajeros y se les iban a desordenar las vísceras destrozadas por el orgullo técnico. Yo por mi parte, aunque disfruto en tierra la velocidad, gozaba más en los viejos aviones de antes que iban a tumbo sobre las copas de los árboles y nos permitían contemplar a las mujeres lavando la ropa en las albercas de las fincas y el espanto de las vacas ante el estrépito de las minusválidas, humildes hélices, comparadas con las apocalípticas turbinas de los jets de ahora, tan prepotentes. La gente nunca está contenta. La gente desconfía siempre de las cosas nuevas cuando llegan, lo mismo que de las antiguas cuando se reeditan. García Márquez escribió una nota de prensa en sus tiempos de reportero de *El Espectador*, a propósito de la molestia de los taxistas bogotanos cuando la administración empezó a colgar semáforos negros de cuatro caras sobre las intersecciones de las calles principales. Alegaban que la ciudad había funcionado bien sin esos adminículos y que las pausas obligadas solo iban a cambiar los ritmos urbanos y a aumentar el consumo de gasolina. Soy lo suficientemente viejo para acordarme de esos semáforos bogotanos de los años cincuenta, suspendidos en el centro mismo de los cruces. Antes de que inventaran los actuales, monópodos, parados en una sola pata amarilla y donde siempre habrá un mendigo, un policía pensando en los huevos del gallo o un lotero cantando la dicha del gordo.

En la realidad objetiva los hechos, y las cosas, se decoloran, como los recuerdos se van desvaneciendo y alterando. La Medellín de ahora, muy lejos de la de naranjos y jazmines del poema de Arcesio Escobar, conserva en harapos la vieja aldea de los tiempos de los tranvías, para quien quiera verlos. Siempre que vuelvo recorro los escenarios decaídos donde el adolescente que fui se esforzaba por inventarse una vida dorada. Las dulces casonas construidas alrededor de un patio, de Bomboná y Ayacucho arriba, las de la carrera Ecuador que trepaba hacia Manrique, las de los restos de los barrios de antes ahora desaplomados, con los aleros puestos ya en plan de caer siguiendo las leyes ineluctables de la gravedad. Las puertas de camino talladas con capas innumerables de pintura. Y los portones de campanilla. Los rostros de las muchachas que solían asomarse a las ventanas y que hoy deben ser abuelas o apenas puñados de sonrientes polvos. No es necesario ser enemigo del progreso, de la modernización, para lamentar la desaparición de las ciudades que quisimos. Y es inevitable experimentar el desprestigiado sentimiento llamado nostalgia. No hay de qué avergonzarse. La belleza perdida duele irremediablemente.

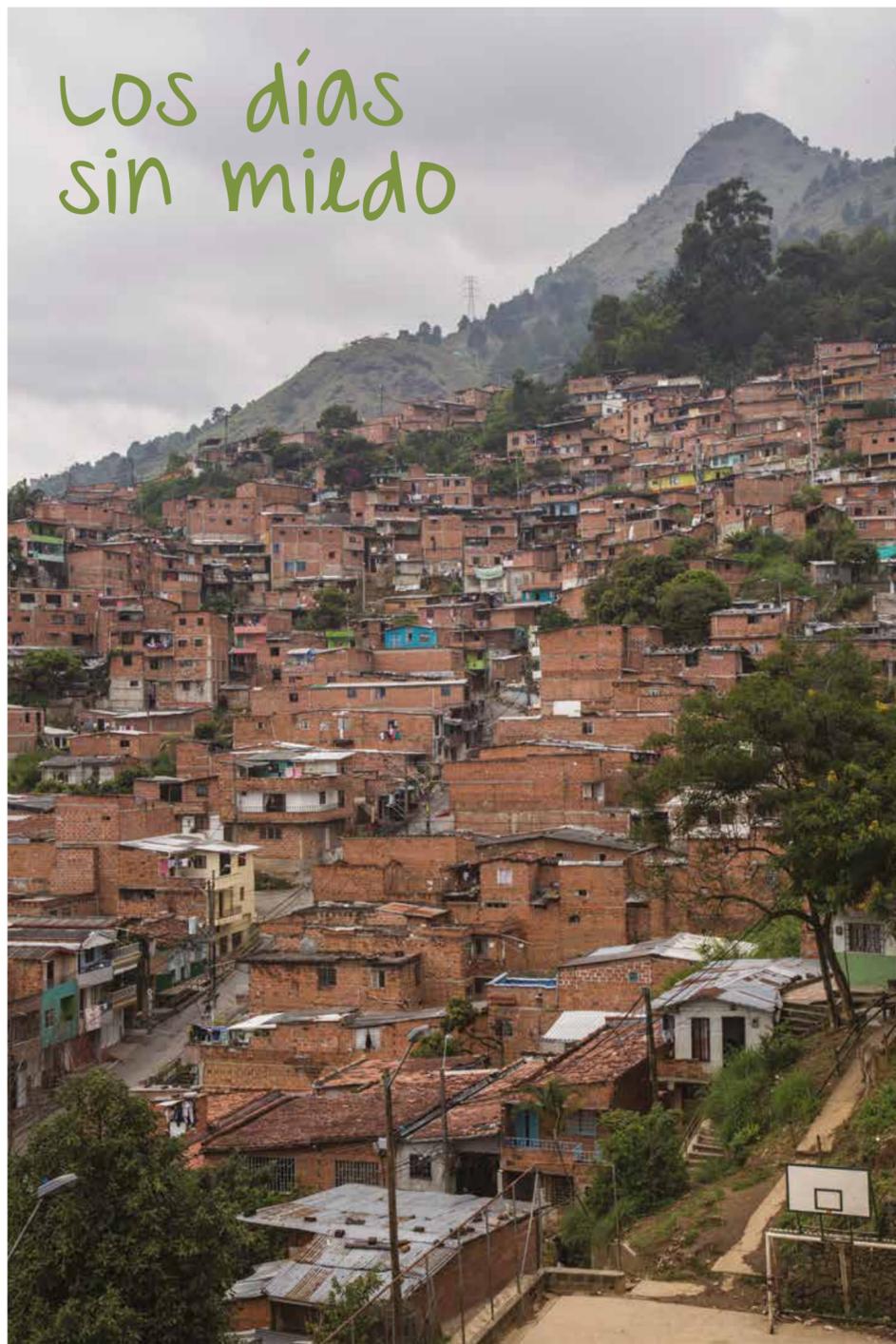
A veces, cuando regreso a Medellín, me parece reconocer en las lolitas de ahora las madres que estremecieron mi juventud y que a veces besé a través de los barrotos de una ventana arrodillada en Berrío o en Bomboná, cerca de la casa del maestro Vieco, el autor de bambucos y pasillos. Los árboles de entonces, los cascos de vaca de floraciones rosa y los guayacanes amarillos que tapizaban las calles con sus deshechos florales, los cambiaron los urbanistas después por los falsos pimientos de ahora y otras floras cuyos nombres desconozco. Y que no son los de los paisajes de mi Medellín de los tiempos del Teatro Bolívar, donde vi a Fumanchú haciendo bailar esqueletos fosforescentes en la penumbra y sacando de las moñas en forma de bizcocho de boda de las señoras de la platea canarios vivos y cantando, y donde vi mi primera obra de teatro, *El mártir del Gólgota*, dirigida por Enrique Rambal, que me arrugó las tripas con los suplicios del pobre nazareno, y hasta debí importar en mi decisión de hacerme cura. Aún me parece percibir el hedor de la sangre sagrada desparada por el escenario lúgubre. Yo no tenía por qué saber que los apóstoles y el mismo mártir eran tan solo unos simples actores mejicanos, a veces de malas costumbres que, después de hacernos llorar los ojos, tiraban las túnicas junto con las coronas de espinas en los baúles de la utilería y se iban a comer al Hotel Nutibara con sus novias importadas, a veces unas lomas insaciables, llenas de oropelos en las muñecas y las gargantas, que no tenían empucho en hacer el papel de santas cuando tocaba. De algo había que vivir. Y ahora que lo digo, creo que tengo derecho a preguntarme también si Fumanchú era tan chino como nos hizo pensar con su túnica recamada de dragones y su bonete de borla. Y si no fue un prestidigitador de pacotilla y viudo para ajustar, mirene los ojos rasgados de los viudos chilenos, que mientras nos asombraba con sus malabarismos, y extraña pavo reales de pañoletas de seda y conejos de un sombrero de copa, estaba pensando en sus hijos solos en algún saltral. Tan lejos.

Se escuchaba el rumor del tranvía rumbo al Parque de Berrío de antes, el de mis tiempos, cuando el insulso Banco de la República con su gorda de Botero haciéndole desprecios no había aplastado las casonas de dos pisos en las que funcionaban los almacenes de lujo más reputados de la ciudad. Uno de los más famosos era el de David E. Arango, donde mi padre compró el día del nacimiento de mi hermano Víctor, que ya es un anciano, este reloj de péndulo que todavía hace tictac a mis espaldas, y aún hace sonar regularmente sus arpas, si bien ya un poco afónicas, agónicas, gangosas, inseguras y opacas, amén. ☹

Memorias del primer tranvía hace parte del proyecto editorial sobre la historia del tranvía que realiza el Metro de Medellín en coedición con *Universo Centro*.



# LOS días sin miedo



por MARIA ISABEL NARANJO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

devenir catastrófico de su entorno y en medio de la muerte enaltece la vida". La misma frase inscrita sobre la placa del monumento que construyó con sus amigos en 2007, cuatro años después de la desmovilización del bloque Cacique Nutibara de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

Suelta las frases a cada paso, mientras subimos por los escalones que conducen al monumento. Va lento, con el entrecejo fruncido y los ojos fijos en el suelo, como si escarbara recuerdos.

—Porque el camino recorrido, lleno de dificultades y de dolor, engrandece aún más los buenos momentos y abona con mayor vigor la semilla que hoy sembramos —dice.

Son frases que memorizaba en las tardes de encierro, de solar con árboles y cigarrillos de marihuana, cuando su amigo misterioso, el juez, el sabio loco, le contaba las historias de *Calila y Dimna*, el único libro que ha leído desde que dejó la escuela San Francisco de Asís, en cuarto de primaria.

—Ese loco vive en Envidado, pero es buen loco, un abogado teso. Él me decía "lea hermano, que tin, que vea", y como yo no sabía leer casi, él mismo me leía a *Calila y Dimna*. También me decía que ni los libros ni la música ni las herramientas se prestan, pero me dejó ese libro. Y cuando lo abro, me meto como si fueran cosas que me hubieran pasado.

—Bueeeenas Joaco —le gritan al pasar.

En los periódicos de años recientes aparece como "reconciliador". En 2014 fue personaje del año de la revista *Semana*, y ha figurado en las páginas de *El Tiempo*, *El Mundo* y *El Colombiano* como un líder social que recupera espacios verdes en la Comuna 8. Reconocimientos que no esperaba diez años atrás, cuando hacía parte de los 868 desmovilizados del bloque Cacique Nutibara, y menos hace veinte, cuando le decían Calvo, cuidaba el barrio y no sabía qué era el miedo.

\*\*\*

El día que el nombre de Villatina apareció por primera vez en la prensa junto a la palabra "tragedia", nadie sospechó que no sería la primera.

Sucedió el domingo 27 de septiembre de 1987 a las 2:40 de la tarde. Antes, en la transmisión del partido del clásico pasa en el Atanasio Girardot, el locutor diría que era un día hermoso, con brisa. En la cancha de los pomales, el equipo de los Once Amigos —así los llamaban— había dejado a un lado la pelota para ir a almorzar. Bajaban por el morro aledaño cuando veinte mil metros cúbicos de tierra rodaron por el cerro Pan de Azúcar dejando más de 500 personas muertas y otras

en alto riesgo. Mide ocho calles y siete carreras, y allí está ubicado el primer camposanto de Medellín (el segundo en Colombia después de Armero).

Sentado en una banca, un hombre dibuja un mapa de la comuna en una hoja para señalar los lugares de una historia que hace rato no cuenta: la antigua acequia, que ya es una calle; la cancha de los pomales, que ahora es una Unidad de Vida Articulada (UVA); la Mano de Dios, que ardió en 2003; la capilla, cerca de donde hubo una masacre en 1992; las letras blancas en el cerro que dicen "Jardín" —tan grandes como alguna vez fueron las de Coltejer—; y, en el centro de todo, el lugar donde dejó de temer a la muerte.

\*\*\*

José Joaquín Calle Ramírez acaba de cumplir 43 años y una de las frases que más repite es: "Un hombre que con la fuerza de su voluntad transforma el

1.700 sin hogar (dicen, porque de ese día no hay cuentas oficiales).

El estruendo que escucharon les pareció el del choque de un avión.

Joaquín, de trece años, corrió a buscar a su hermano, a quien había visto irse minutos antes con la camiseta sudada, los guayos viejos y una pantaloneta que él había usado muchas veces. Dijo que tenía mucha hambre y quería llegar primero a la casa, a la que, después de años de meterle material a punta de fiados en el depósito, le faltaban pocos adobes para dejar de ser un rancho de madera.

Era normal que los domingos a las nueve de la mañana el padre saliera con los hijos a misa en la capilla de la Virgen de Torcoroma y luego bajaran en bus a Junín o a Bolívar a ver películas de Bruce Lee o Jackie Chan. Era normal que después su padre jugara billar y tomara cerveza hasta las cinco de la tarde, y que su madre no estuviera porque trabajaba en Balalaika.

Peró ese domingo nada normal ocurrió. Joaquín paró de correr en el lugar donde esa mañana todavía estaban las casas de los Jiménez, quienes ocupaban casi toda la cuadra. Donde antes había un solar, un patio, una sala y tres piezas, el niño trató de encontrar, debajo de la tierra, a su madre Lidia, a su padre José de Jesús, a sus hermanas Janeth y Lina, y a sus hermanos Hugo y Giovanni. Lo hizo el resto de la noche. Lo hizo la mañana y la tarde y la noche siguientes.

Ese domingo vería cómo los cuerpos de rescate y los vecinos equipados con palas desenterraban con vida a Mery, otra hermana, con su niña entre los brazos, y, más abajo, a su hermano Hugo. Tres días después, en el anfiteatro, reconocería la ropa que ese día usó Giovanni, lo que quedaba del rostro de su madre, la forma del esqueleto de su padre. Reconocería todo porque todo le pertenecía.

Los cuerpos de Janeth y Lina quedaron sepultados en el terreno, declarado camposanto días después por el cardenal Alfonso López Trujillo. Ese día, dice, la cal arrojada desde un helicóptero que sobrevoló el pico del volcán sin boca cubrió con un manto blanco la tierra amarilla.

De la familia de nueve solo quedaron los hermanos Joaquín, Duber, Mery y Hugo, huérfanos como centenares de niños de Villatina después de la tragedia, una de las diez catástrofes por deslizamiento más grandes que han ocurrido en el mundo, según datos del Centro de Epidemiología de Desastres de la Universidad Católica de Lovaina.

\*\*\*

Es una noche fría de marzo. La montaña que subimos está iluminada por reflectores de luz blanca que resaltan la escultura de dos metros color café tierra, dos brazos extendidos que sostienen con fuerza a un niño recién nacido. Cuando estamos cerca, un humo espeso de marihuana asciende y se dispersa hasta nuestras narices. Joaquín sonrío:

—Bueeeenas Joaco —le dicen cinco pelaos que están sentados alrededor de la escultura quemando yerba.

—Buenas noches muchachos. Los cinco se retiran como si hubieran recibido una orden y suben rápido hasta unas escaleras más altas. Joaquín se sienta en los muros que han dejado libres.

—Este es el monumento que hicimos nosotros, los carelocos que nos manteníamos por acá —dice—. Mi hermana Mery sobrevivió con su hija, pero la mayoría de gente que murió aquí estaba destrozada. La hicimos con ella. La idea era dejar un mensaje de esperanza, de que no todo murió con la tragedia.

La historia de la tragedia siempre empieza con las banderas del M19 en el cerro Pan de Azúcar, a principios de los ochenta. Muchos recuerdan las reuniones con la gente en el colegio San Francisco de Asís,

los robos a los carros de la leche y cuando repartían mercados.

—Quién iba a saber que iba a haber más de 500 muertos por causa de sus explosivos —dice.

En veintiocho años, ningún técnico ni geólogo ha podido convencerlos a ellos, los que vieron la tierra amarilla rodando por las laderas, de que la causa fue el agua represada de la acequia. Los textos de expertos dicen: "La masa físicamente se elevó —por el agua represada— y al caer atrapó el aire y descendió por la pendiente sobre un colchón de aire. Al caer, la masa comprimió el aire, por lo cual el sonido fue de un golpe seco".

—Donde hubiera sido agua estancada como dicen, hubiéramos encontrado los cuerpos empantanados como Omaiara, y no descuartizados.

\*\*\*

Sin mesas ni sillas ni baños, lo que antes fue una capilla de madera que congregaba a familiares de las víctimas hoy es una estructura en concreto, negra, con un gimnasio al aire libre de día y un fumadero de yerba en la noche. Un diseño con el sello de la EDU que ganó el premio Santiago de Compostela en

2010, y con el que la administración municipal dice que evitó la invasión del lugar y advirtió a la comunidad sobre el peligro de habitar zonas de alto riesgo.

—Ahí quedaba mi casa, y fue donde hice la primera capillita para recordar a las víctimas —comenta Joaquín—. Orábamos, hacíamos lunadas y veíamos cine. Pero ahora, si vamos a hacer una reunión, no tenemos sillas dónde sentarnos, y así las tuviéramos no hay dónde guardarlas. La alcaldía insistió en construir un lugar así, abierto, y vea pa lo que sirve.

Mira alrededor los pequeños grupos de donde salen humaredas.

—Cuando yo era niño, los bazuqueros nos daban un ejemplo el hijuemadre: se encerraban en los matorrales y no se dejaban ver fumando de nadie. Ahora a los pelaos les gusta es que los vea todo el mundo. Vea que yo andaba con el juez y se me pegaron cosas del juez. Pero si los peladitos lo único que ven es mariguaneros, eso se les pega.

Dijo Dimna: "No vez acaso que el agua es más suave que la palabra y que la piedra es más dura que el corazón, y, sin embargo, si el agua corre sin cesar sobre la piedra, acaba dejando en ella su huella".

\*\*\*

En enero de 1988 Joaquín vivía en la casa de una tía en el departamento de Caldas, pero un día pensó que era mejor un parque, cualquiera, a una casa extraña donde todo giraba en torno a la plata que consiguiera para justificar su presencia. En la calle, esperaba que todo estuviera oscuro para acostarse en un rincón donde nadie lo viera, y a las cinco de la mañana, cuando sonaban las campanas y se abrían las puertas, entraba a la iglesia para protegerse del frío.

La vida en Caldas pasó así: dormir, pedir comida, dormir... Fueron seis meses o dos años, una época de la que recuerda poco.

—Yo era aburrido de la vida y no soportaba que me mencionaran nada que tuviera que ver con mi mamá porque iba encendiendo a puñaladas al que fuera. Yo le pedía a mi diosito que me llevara, y nada. Él me tenía pa otras cosas.

A los dieciséis años Joaquín ya tenía un balazo en la espalda y una pistola 7.75. Allá arriba dicen que si Bienestar Familiar no amparó a los huérfanos después de la tragedia, la delincuencia sí lo hizo.

"Si una persona pudiera encarnar la historia de un barrio, la vida de Joaco sería la de Villatina".

El Flako

Allá arriba dicen que el cerro Pan de Azúcar es un volcán sin boca.

Su pico redondeado sobresale entre la cadena montañosa del centro oriente de Medellín como un tótem antiguo. A esa ladera de tierra amarilla llegaron campesinos desplazados por la violencia bipartidista (y en adelante de las otras violencias), subieron las mangas empinadas y arañaron la tierra para construir sus casas. Han pasado más de sesenta años, y se han levantado 35 barrios (dieciocho reconocidos legalmente como la Comuna 8) en el que hoy viven más de 137 mil personas.

El setenta por ciento de uno de esos barrios, Villatina, está construido sobre terrenos inestables que las autoridades han declarado





Después de Caldas aterrizó en Bello —donde 85 familias damnificadas recibieron asesoría técnica para la autoconstrucción del barrio San Andrés—, y luego de que los combos le dieran los balazos en la espalda, llegó a Caicedo, donde la suegra de una de sus hermanas. Los muchachos del barrio lo recibieron con un arma para que se defendiera y lo invitaron a jalar carros con la banda de La Cañada.

—El primer carro que nos robamos fue una Mini Blazer.

Todos los días madrugaba a trabajar con Óscar y Edwin —ya muertos—. Robaban un carro por la mañana y otro por la tarde, y por la noche viajaban a Tuluá, a Montería, o adonde tuvieran que llevarlos.

Cuando robaba, dice, lo hacía con diplomacia, según la moda del momento. Cuando estaban Los Pepes (Perseguidos por Pablo Escobar), decía: “Vea, nosotros somos de Los Pepes, nos demoramos media hora, no se ponga celoso que tin...”, y la gente le entregaba las llaves.

En el fondo pensaba que la plata de los carros de alta gama que se roba solo la perdían las aseguradoras. Y en parte tenía razón. Los que más perdían dinero con los robos crearon Majaca (Muerte a Jaladores de Carros). Cada semana empezó a encontrar amigos desaparecidos cerca de la variante a Caldas, con un letrero que decía “Majaca”. Ahora piensa que ese diosito al que le habla con tanta insistencia desde hace diez años siempre lo protegió.

—Cierta día llegué a La 44, una oficina cerca de la Minorista donde nos manteníamos los jaladores de carros y los piratas terrestres, y me encontré con unos parceros que me advirtieron: “Sabés qué Calvito, movete de por aquí”, y yo: “Ah, todo bien mi viejo”, y arranqué otra vez. A la hora volví y me dijeron que se habían llevado a tres.

Dijo Chátraba: “No veo otro camino fuera de la lucha, porque no consigue

con sus oraciones el que ora toda la eternidad, ni el caritativo con su caridad, ni el virtuoso con sus virtudes lo que con la lucha consiguen, sobre todo si luchan por una causa justa. Porque quien lucha por su vida, y la defiende, recibirá buena recompensa y dejará buen recuerdo, así resulte vencedor o vencido”.

En enero de 2004, unos meses después de la desmovilización, Joaquín creó la Corporación Camposanto en compañía de sesenta desmovilizados. Desde ese día sigue un ritual inalterable: se levanta a las siete de la mañana, prende su radio para oír El minuto de Dios, corta hojas secas y controla bulbos, da charlas a grupos de colegios y guarderías que lo visitan, vende matricas, recoge reciclaje, sintoniza Latina Stereo, maneja taxi —desde hace cuatro años—, regresa a su casa y duerme.

—Mi señora me dice que descanse, pero yo le digo que cuando me muera. A uno con cuatro hijos le toca es trabajar, ¿sí o qué?

Su cara redonda y morena, con una sombra de barba plateada, está oscura por el humo de los carros que acumuló en los viajes de hoy. Dentro de cuatro meses trabajará con más de veinte personas, cuando la alcaldía le encargue la administración de la nueva aula ambiental del Cerro de los Valores, una escombrera que recuperó la corporación y ahora es huerta y jardín en terrazas ubicadas bajo una torre de alta tensión. Un laberinto de árboles y piedras con palabras pintadas —paciencia, perseverancia, esfuerzo, perdón—, que hoy hace parte del proyecto del Jardín Circunvalar.

A esta hora, ocho de la noche, está sentado bajo un carbonero mirando el paisaje nocturno. Abajo se ven ranchos de madera, calles empedradas, escaleras entre pasadizos estrechos; al fondo, la ciudad regada por las laderas en forma de titilantes luces amarillas.

—Antes todo eran milicias. Yo era muy pelao, pero me acuerdo mucho de

cuando andaban esos grupos de diez o quince muchachos pa arriba y pa abajo.

Recuerda las banderas que ondeaban en las montañas. Al frente, en el Ocho de Marzo, estaban las del ELN; en La Sierra, las de las milicias del 6 y 7 de Noviembre —afines al ELN, los Comandos Armados del Pueblo y las Farc—; y en el Pan de Azúcar, las del M19. También recuerda a la gente de Pablo Escobar entrando al barrio en Kalimas y Carevacas, y a muchos pelaos de Villatina yéndose a trabajar con ellos. Las peleas dejaron de ser con machetes y cuchillos porque los cambiaron por fierros hechos —changones—, y luego, con la plata que se movía en los novetas, por Mini-Uzis y metralletas. Entre 1990 y 1995 hubo 32.170 asesinatos en toda la ciudad.

—La zozobra eran las balceras. En ese lado de allá —señala un sector a mano derecha—, un cuchito que vivía solo estaba desayunando y una bala traspasó los adobes de su casa. Lo encontraron como a los tres días con la cabeza sobre el comedor.

Las balas pasaban de morro a morro. Las madres de los muchachos que cuidaban el barrio les guardaban las armas, les ayudaban a hacer petardos y les llevaban aguapanela, pan y chocolate cuando se trasnochaban haciendo guardia.

—En esa época no había organizaciones que le mandaran a uno armamento, municiones, plata, entonces nos tocaba financiarnos a nosotros.

En 1997 comenzó a manejar el carro de uno de los duros que lavaba plata del narcotráfico. Se llamaba Henry, estudiaba en la Universidad de Medellín, y antes de convertirse en el contador de un mafioso vendía libros puerta a puerta.

—El man un día apareció con una mata de plata la hijuemadre, y como sabía que yo tenía dos fierros amparados me comenzó a llamar y me daba una plata larga no más por andar con él.

Durante tres años, Joaquín vivió en un edificio de nueve pisos en Sabaneta, con un millón de pesos mensuales.

—Uno anhelaba conseguir plata como esa gente, pero a punta de sueldo y de trasnochadera es muy teso.

Había pasado un mes desde que decidió retirarse y volver a cuidar el barrio cuando supo que a Henry lo habían matado con sus escoltas.

—Donde yo hubiera estado ahí, me hubieran pegao por nada.

En el barrio, los que siempre habían combatido a las milicias por su cuenta terminaron colaborando con el Bloque Metro de las autodefensas, comandado por Doble Cero. En 2000, poco después de que La Terraza se le rebelara a su jefe, Don Berna negoció una “franquicia” de las autodefensas para crear el Bloque Cacique Nutibara.

—Cuando menos pensamos, hacíamos parte de una organización. Éramos civiles, pero todos sabíamos que el patrón era Don Berna.

En total eran nueve comandantes desde La Sierra hasta Villa Hermosa. A la orden de combatir a las milicias y a La Terraza se sumó otra que no esperaban: matar a los que se negaran a abandonar el Bloque Metro, sus antiguos compañeros.

Todas las mañanas, cuando se levanta, Joaquín habla con Dios. Le reza con pedacitos que saca de *El man está vivo*, manual del padre Alberto Linero que compra cada mes.

—¿Sabe qué diosito? Si este va a ser mi último día, perdóneme todo; pero, bueno, yo voy es pa allá, la única arma que quiero es usted —le decía hace cinco años.

Esas conversaciones reemplazaron los versos militantes que aprendió en los entrenamientos en Santa Fe de Ralito, en Tierralta (Córdoba). Uno de ellos decía: “Por las almas retornamos los derechos de los esmerados, enfrentando al enemigo por la falta del Estado. Empuñando fusil y equipo campesino, defenderé de la subversión a mi país. Yo



defenderé, ¡oh autodefensa gloriosa!, y en el pecho llevaré el Estado de Derecho, libertad, familia y fe”.

Otro, que resultó ser uno de los siete sonetos medicinales del poeta Pedro Bonifacio Palacios, repetía: “No te sientas vencido aún vencido; no te sientas esclavo aún siendo esclavo; trémulo de pavor siéntete bravo, y a combate feroz llama un herido. Ten la intención de un clavo humedecido, que aún viejo y ruín vuelve a ser clavo, no como la cobarde intrepidez del pavo, que maja su plumaje ante el primer ruido. Posee como dios que nunca llora, como lucifer que nunca reza, como robedal cuya grandeza necesita del agua y no la implora. Grita lucifer a vengador, ya rodando sobre el polvo su cabeza (sic)”.

Durante el proceso de desmovilización, después de una reunión en Tierralta, conoció a Don Berna. Iba detrás, en una camioneta, y se bajaba para abrirle los portones. Cuando llegaron a la finca se lo presentaron, se sentaron en la misma mesa y conversaron. El tema fue la importancia de hacer algo diferente para recuperar la confianza de las comunidades.

—El día que supe de la desmovilización fui al camposanto conversando con Dios, y le decía: “Ah, vamos a ser buenos, vamos a hacer que la gente nos vea diferente”.

Eran 78 los líderes desmovilizados que la gente llamaba “señores” y hacían labores sociales en Medellín, según un artículo de la revista *Cambio* escrito por Gloria Castrillón en 2005. En esa época, Don Berna financió granjas, comedores infantiles, la recuperación del cerro Pan de Azúcar como destino turístico, brigadas de salud, reinados populares, escuelas deportivas y campeonatos de videojuegos.

—En Navidad hacíamos pesebres por todos lados y Don Berna nos mandaba un carrado de regalos que repartíamos entre dos mil o tres mil niños. Él sabía cuáles líderes hacían labor social,

y no nos faltaba absolutamente nada. Ahora ya no, ahora ya todo se acabó.

Dijo el cuervo: “Solo encuentra el que busca y solo ve el que goza de la vista. En nuestro caso, el hambre que hemos venido padeciendo nos ha aniquilado la vista y la razón; sin embargo, hemos encontrado una solución con la que aseguramos la abundancia y el triunfo sobre la necesidad”.

Joaquín lleva una camiseta gastada de color azul, una gorra roja, unas botas café y unos pantalones de jean con tierra del jardín que sembró esta mañana: san joaquina, camarones amarillos y durantas. Se pasea de un lado a otro en un salón del Cerro de los Valores, donde tiene una pared llena de fotografías quemadas por el sol. En ellas aparecen sus amigos Henry, el Pillo; Luis Eduardo, Bart; Ómar Gil, el Tío; Andrés, el Gato; Alberto, el Mono; Jhony, la Chinga; Julito y Cesarín.

Aparecen también las madres caminando a su lado, las marchas, los convites, los recortes de prensa de la tragedia y algunos que devuelven la esperanza. Son las imágenes que ha guardado desde que comenzó a documentar el proceso de recuperación del camposanto y el del Cerro de los Valores.

Abre la puerta de una oficina, se sienta en un escritorio, saca un plegable que explica lo que hace la corporación, y algo le recuerda una historia. Después de la desmovilización recibió una carta de puño y letra de Don Berna donde le decía que era el designado para seguir las banderas de Alberto Cañada, su antiguo líder, y combatir a Juan Camilo Naranjo Martínez, alias el Gomelo. La policía lo señalaba como el principal agente desestabilizador del orden público por estar en guerra con la organización Caicedo, que vigilaba los intereses de La Oficina de Envió.

—En una reunión me dijeron: “¿Qué armas necesita?”; y yo le dije: “¿Saben qué?, para lo que nosotros tenemos que hacer en nuestras comunidades no necesitamos armas”, y se rieron.

Diez de sus amigos sí aceptaron y hoy están pagando entre treinta y cuarenta años de cárcel.

—Han pasado miles de tormentas y yo sigo aquí, tomando aguapanela con la comunidad. Me he encontrado con manes de otros combos, y me dicen: “El jefe nos reúne y lo pone de ejemplo es a usted, hermano”. Dios nos abrió un camino diferente y nosotros supimos aprovechar, así fuera a lo Chapulín Colorado: sin querer queriendo, recuperamos un patrimonio histórico de una ciudad sin memoria.

La casa de Joaquín está ubicada en una esquina de la parte baja de Villatina, en el sector de Los Charcos. Es un segundo piso al que se accede por unas escaleras de madera, con las paredes pintadas de

palo de rosa. Las cortinas traslúcidas dejan ver una tele encendida, y a Camila, de dieciocho años, hija de su segunda mujer, y a José David, de once, hijo de la cuarta y última, acurrucados debajo de las cobijas.

Son las nueve de la noche y en el balcón está parada Kathy, su mujer desde hace diecisiete años, diciendo:

—Hace rato no se quedaba hasta tan tarde en la calle —lo mira de reojo con una rabia amorosa—. Es que no sabés lo que me ha tocado lidiar con él.

Afuera, los buses que vienen del Centro pasan llenos de gente.

Joaco la mira —con un brillo en las pupilas que nunca desaparece—, la abraza por la espalda y dice:

—A mí ya me da miedo hacer las cosas de las que era capaz antes. Ahora le tengo miedo a la muerte. ☹

Este texto hace parte de *El libro de los barrios*, una publicación de *Universo Centro* en convenio con la Secretaría de Cultura Ciudadana.



# Monja de clausura

por ANDRÉS DELGADO

Fotografías: Archivo Carolina Serna



El cielo está limpio, hay un intenso calor y el estadio Mettalla está por reventar. En mitad de la cancha está la tarima. No es un concierto, es un multitudinario encuentro vocacional del Camino Neocatecumenal en Valencia, España, con treinta mil fieles. Hay exceso de luz, de verano y de gente. No hablo del presente, es solo un video en Youtube. Sobre la tarima hay una cofradía de curas vestidos de negro sentados en medialuna frente a la multitud. Durante el encuentro, realizado el primero de junio de 2014, aparece Kiko Argüello, un católico, laico, veterano de pelo canoso con pantalón y suéter negro. En el video se ve su rostro sólido y potente, me recuerda al escritor Charles Bukowski. Convoa a la muchedumbre: “No tengas miedo, realiza tu llamado, nos está esperando esta generación, tenemos que abrirles los ojos a millones de hombres para que lleguen al cielo y la salvación”.

Argüello habla al público con su cara de tótem: “Padre, suscita vocaciones a tu iglesia”. Dice que necesitan un nuevo clero, “humilde, santo y misionero, necesitamos apóstoles para el Asia. Oremos diciendo: Rogad al dueño de la mies, que envíe obreros”.

Según dice Argüello necesitan evangelizar el Asia. “Te lo pedimos, señor, necesitamos veinte mil sacerdotes para China”. Los que se educan para ir a China no tienen que estudiar doce años, solo cinco. “Estudiad dos años de filosofía, tres de teología y partimos donde millones y millones de hombres y familias

que nos están esperando, ciudades enteras donde no hay ninguna presencia de Cristo, todos educados en un marxismo ateo”.

Comienza el gran colofón del encuentro. Dice Argüello: “Si hay algún joven que siente el llamado de Cristo, que quiere ser parte de la nueva evangelización, bienvenidos, venid”.

Algunos comienzan a levantarse y caminan y trotan hasta el césped. Se levanta un aplauso multitudinario. Bukowski, en tono españolista, los azuza: “¡Ánimo! Adelante, jóvenes. ¡Vamos!”.

Es un momento solemne. Varias docenas de jóvenes salen al frente de la tarima para hacerse curas y llevar la salvación a la China. \*\*\*

Carolina Serna tiene 33 años y desde los catorce sintió una intensa inquietud espiritual. Decidió enclaustrarse como monja en España, pero solo resistió un año en la disciplina de los rezos. Aun así continúa siendo una chica devota y disciplinada en su filosofía. Cuando me lo cuenta, pienso en los chicos que se le han acercado para cortejarla y siento pena por ellos.

En Bogotá, en el año 2008, con 26 años y su título universitario, durante una peregrinación nacional de jóvenes en el estadio El Campín, Carolina sintió con profunda energía ese llamado. En la tarima estaban los catequistas itinerantes de la nación, varios sacerdotes, varios obispos. “Fue un 29 de junio, el día de San Pedro y San Pablo”, dice. Carolina siempre tiene un santo para citar, para apoyar sus ideas, para argumentar. Su formación no ha sido en vano y las conversaciones con ella siempre fueron iluminadoras en el tema teológico. Al final del encuentro en El Campín se hizo un llamado vocacional para el sacerdocio para los hombres y para la vida contemplativa para las mujeres. “Cuando hicieron el llamado sentí algo muy impresionante”, dice.

Esta vez Jesús Blázquez, el líder del Camino Neocatecumenal, no llamó para que se sumaran hombres para China. Preguntó quién sentía un llamado a vivir en un monasterio, “a dar su vida por la evangelización, para orar y rezar por el mundo, a salvarlo y ser monja de clausura”. Otras chicas comenzaron a bajar hasta la tarima. “Es un momento muy impactante —dice—. Y se comienza a cantar *Eres hermoso*. Sentí algo en el estómago, sentí al Espíritu Santo dentro del vientre. Escuchaba una voz que me decía: ven, ven, ven”.

Carolina temblaba y comenzó a llorar. Estaba conmovida. Miró la escalera, se levantó y salió. “Fue como un salto al vacío”, dice. De pronto ya estaba en el césped, temblando y llorando por el trastorno.

Llegó al silencioso monasterio con otras tres postulantes. Serían sus compañeras de iniciación. El monasterio no era un castillo húmedo y medieval sino una tranquila casa de campo, una finca con jardines en la ciudad de Talavera la Real, en Castilla, provincia de Extremadura. Allí la recibieron las diez monjas que viven en el lugar y dos curas que estaban de visita. La mitad de las monjas eran viejitas. Comulgaban con la orden monacal de los carmelitas. Esa primera noche estaba muy asustada, “no sabía dónde me había metido —dice—, era invierno y estaba haciendo mucho frío”.

Su celda estaba en uno de los corredores. Era una pieza con techo alto y una ventana al jardín, las paredes blancas y una cruz de madera en una de las paredes. El baño era privado pero afuera, frente a su celda.

El siguiente mes la rutina se repitió. La madre dejaba dormir hasta tarde. “Porque ese frío era muy intenso, con esa temperatura tan bajita se purgan todos los pecados”. Carolina habla, en efecto, como una monja.

Dejaron de usar jeans para usar pichis, un vestido colegial café carmelita, largo y escueto, ignorando la vanidad, con camisa blanca por debajo, el uniforme de las postulantes antes de usar el velo. Se despertaban a cualquier hora, desayunaban y, lentamente, se incorporaban a la rutina del monasterio. Esa rutina consistía en seguir el tradicional Oficio Divino, siete oraciones al día: Vigilias, Laudes, Tercias, Sexta, Nona, Vísperas y

Completas. Cuando Carolina las menciona, recuerdo la novela de Umberto Eco: *El nombre de la rosa*, en la que los monjes siguen con estricta disciplina esa jornada de oración.

\*\*\*

Un día en monasterio se resume en levantarse a las 6:30 de la mañana, “con ese frío ni el diablo se levanta más temprano”, dice Carolina. A las 7:00 se reza el Laudes, que dura treinta minutos. “No hacíamos el Vigilia porque de ser así tendríamos que levantarnos de madrugada”. Entonces tomo nota: los monjes modernos han aflojado la cuerda. Carolina sigue: de 7:30 a 8:30 se realiza una oración mental, se lee un libro espiritual, se baja al jardín, en silencio, también se puede arrodillar al Santísimo, haciendo La Oración del Corazón: “Oh Jesús, hijo de David, ten piedad de mí, que soy un pecadora”.

A las 8:30 de la mañana es el desayuno, la primera comida. Cuando me lo dice me retuerzo de hambre: desde las 6:30 en pie y hasta las 8:30 no se come nada. El desayuno consta de una combinación de varias opciones, tipo bufé: naranjas, manzana, durazno y frutas del jardín, galletas, jugos, yogur, té verde o cereales.

Entre 9:30 y 10:30 de la mañana se trabaja en la fábrica de hostias: una panadería para amasar harina, tamizar y hornear. También, y dependiendo de las asignaturas de trabajo, se hace el almuerzo y se organiza la despensa. De 10:30 a 11:30 de la mañana es tiempo de estudio, con el padre Paco, un instructor, un guía espiritual.

En adelante sigue la rutina de la tarde. Poco más o menos que la mañana, pero es mejor girar a otro tema, porque el lector se dormirá si continuamos con esto.

\*\*\*

Le pregunto por qué esa delirante obsesión de los monjes por rezar en todo momento. Lo hacen por el mundo, “se concentran en orar por la humanidad”, dice, y francamente no le entiendo. Creo que debe suceder lo mismo cuando uno le desea “suerte” a un amigo, algo que conmueve, pero que, sin embargo, no influencia para nada el mundo práctico de la decisión ni de la acción.

“También es vivir una prefiguración del cielo —me dice—, porque en el cielo nos dedicamos a dar gracias y a alabar a Dios por la eternidad”.

Lo mejor es que no comente nada, como se supone que debe ser el periodismo. Para describir un poco más le pido a Carolina que me narre el origen de este estilo de vida, y obtengo mi lección. La vida monástica nació en el desierto con el profeta Elías, en el monte Carmelo, con una vida ascética, totalmente alejada del mundo, para vivir en el espíritu y no en la carne. Los monjes viajaban al desierto con el fin de combatir a los demonios, para pelear contra el mal y de esa manera librar a otros hombres de los ataques del demonio. Para que ellos, los monjes, fueran los atacados, los tentados, y así evitar que fueran los hombres débiles quienes recibieran las demoniacas manipulaciones. “Es decir: atácame a mí, al monje, y no a ellos, a los hombres”, dice Carolina.

—Pero todo esto —le digo—, se refiere al demonio...

Me interrumpe y corrige:

—A los demonios...

—Bien —le digo—, se entiende que son “los demonios” que tiene cada persona en su interior, ¿no?

—No. Bueno, el demonio sí es uno solo, quien es un ángel de luz, pero el demonio tiene legiones que atacan a los hombres de diferentes maneras para destruirlo. ¿Por qué? Por la envidia. Porque el demonio ya está condenado entonces también quiere que los hombres sean condenados.

Momento, momento.

—Pero son los demonios interiores —insisto.



—No —contesta—, son los demonios del diablo.

—Ahhh, ya... ok... ¿Y todo esto por envidia?

—Sí, por envidia. Por envidia mataron a Jesucristo también. Él dijo: “Me odiaron sin razón”.

Creo que Carolina quiere enredarme. Lo mejor es llevarla despacio.

—¿Y cómo hacías con el cuerpo, con el deseo...?

Me confiesa que el combate con el cuerpo no era para nada fácil. Había oportunidades en las que leyendo era invadida por una pandilla de imágenes exóticas y obscenas. Para aliviar la angustia y el vértigo recordaba a San Agustín. “Él profesaba que la soberbia está íntimamente ligada a la lujuria y esta al dinero. Oculta lujuria nuestra soberbia”.

Definitivamente, me quiere enredar. Le pido que vaya más despacio. Según los cánones de la filosofía escolástica, cuando el hombre se desprende del dinero, amando al pobre, al prójimo, al otro, entonces sucede un acto de magia divina, pues de esa manera desaparece la lujuria. San Agustín propuso el antidoto contra el pavoroso veneno de la lujuria. Cuando se sienta el apremio de reducir el influjo de la salacidad, el hombre o la mujer deberán ofrecer una generosa limosna. Porque en el fondo, la lujuria y en general todos los pecados atizan el egoísmo. En cambio, y por su parte, el ayuno, la limosna y la oración avivan el amor y la generosidad. Por eso, y según la filosofía escolástica, los curas y las monjas no tienen necesidad de sexo. Porque siempre están amando. Siempre están pensando en el otro. No están pensando en satisfacer sus propios deseos. Cuando Carolina menciona todo esto, recuerdo que estoy haciendo reportería y no un panel de controversia. Entonces sigo preguntando y anotando.

Quiero hacerle una pregunta más personal, pero el pudor me frena. Igual se lo pregunto. Y ella me contesta. “No hay problema con la pregunta. Soy virgen. Para mí es una gracia serlo”.

En esos días Carolina estaba cumpliendo años y todos los amigos y familiares que la llamaban recibían la misma solicitud de su parte: dar una limosna en su nombre. “Eso fue mágico —dice— empecé a experimentar mucha paz, ofrecer esa limosna curó mi cuerpo y mi corazón”.

Entonces Carolina me mira: “Tienes que experimentarlo... un día que estés bien grave”.

Tomo nota: Dar limosna cuando está bien cargado.

\*\*\*

Cumpliendo con la pavorosa rutina de un monasterio, llegó de nuevo el invierno. El frío, la nieve. Comenzó a sentirse terrible. Era imposible asomarse al jardín, un lugar místico para ella. Sentía claustrofobia, ahogo, miedo y angustia. Todo era gris. Hiperventilaba y el alma se le descolaba en lágrimas cuando recordaba que así sería su vida para siempre. Entonces se preguntaba: “¿Esto será normal? ¿A todo el mundo le pasa y todos están callados?”.

Por aquellos días leyó una catequesis sobre la familia cristiana. La calidez de una familia, los amados hijos, el amor del padre, la madre y la vida en pareja. Aterrada sintió el castigo de Dios, los latigazos de la castidad y la vida monacal. Recordó que nunca tendría hijos, ni contraería matrimonio. Esa noche lloró desconsolada y elevó su reclamo al cielo: “Yo quería tener una familia y no me la diste”. Entonces sufrió una etapa de ateísmo. “El demonio tira dardos al corazón del hombre. Jesucristo no resucitó. Dios no existe. Esas noches no dormí: Dios no existe, no existe”.

Fue incapaz de proyectar toda la vida entre las delicadas paredes de un monasterio. “¿El señor por qué me hace eso? Batallé y batallé pero Dios me venció, lo mismo que venció a Jacob”.

Carolina habla y yo carraspeo. Ni modo de preguntar la historia de Jacob, a ver si acabamos.

Se acercaba la ceremonia de toma de hábito. “No sé si estoy lista, no sé si esto sea para mí”, le dijo Carolina a la

madre superiora. Las otras tres postulantes estaban completamente decididas y listas. Pero ella estaba enferma. Se veía muy mal. La visitó el padre Paco, guía espiritual, quien le anunció la decisión de las directivas: volvería a Colombia. Carolina lloró, abrazó al cura, estaba triste pero feliz. Había sido expulsada del monasterio.

Le pregunto qué significó para ella estar en clausura. Me dice que significó cumplir con las palabras “la llevaré al desierto y le hablaré al corazón. Es decir: saber que Dios te ama como eres. Eso es lo fundamental. La manifestación de Dios existe, que te ama y que te salva... te salva de ti mismo”.

Me rasco la cabeza. Estoy convencido de que los monjes están equivocados en su interpretación. Los demonios existen, pero no de la manera mitológica en que los pinta Carolina. Hay demonios. Claro, los demonios interiores. Los que te empujan a la rabia, a la impaciencia, la gula, a desear la mujer del prójimo. Son los demonios que deberían sentir los monjes en el desierto. No creo que ir a rezar a un monasterio sea un grano de arena para aportar a la pobreza espiritual moderna, ni que China necesite curas y monjas, ni que ofrecer limosna pueda aliviar el acoso hormonal. Carolina y los monjes están convencidos de esas ilusiones. El deseo a Carolina que encuentre a un hombre con el que sea compatible y haga realidad su sueño de hacer una familia. Honradamente prefiero otras fábulas y cuentos. Otras ilusiones: la mitología griega y azteca. Las sagas de Tolkien, las películas de Scorsese y los personajes de Ray Loriga. ☪

**lenteja**  
*express*  
Hamburguesería  
vegetariana.

**CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?**

Laureles: circ. 74b #39b-122.  
Parque deseos: calle 71 #52-34.  
Poblado: carrera 35 #8a-76.

310-8434059

síguenos

# FILATELIA

**1.** Dos cajas forradas en cinta negra, una lámpara rota, un televisor y una esponjilla en la cocina. Todo era viejo y era todo lo que habían dejado. La que fuera dueña y habitante de la casa había muerto hacía días y su único heredero, un sobrino adulto que vivía lejos, dejó todo encargado a una oficina de arrendamientos. Pintaron y acondicionaron el apartamento para hacerlo habitable. Lo que dejaron fue lo que faltó por borrar. Me pidieron que guardara todo por unos días y me hicieron entrega de las llaves en una cajita redonda de metal. En la tapa estaba escrito, a mano y con letra cursiva, "Filatelia". Me dijeron que por vivir en el primer piso debía cambiar siempre el bombillo de la entrada al edificio y me pidieron que los llamara para confirmar el pago de cada mes.

**2.** La vecina de enfrente, Judith, vivía con su hijo y fue la primera que llegó a contarme dónde estaba. Allí, donde ella y yo hablábamos, había vivido Gabriela. Murió vieja y sola. La acompañaban un perrito y mucha basura, cosas que había ido acumulando. Andaba siempre pegada de una pipeta de oxígeno y dormía con su perro en el cuarto de atrás. Judith me dijo que su madre, quien también había muerto, fue la única amiga de Gabriela y que ella nunca les permitió entrar a su casa. Murió asfixiada y solo se enteraron dos días después cuando ella no salió y el perro no ladró. Entraron y la encontraron muerta, recostada en un sillón. El perrito murió días después, consumido, en la casa de alguien que lo acogió. Quedó seco y más pequeño de lo que era.

**3.** La superstición espera algo del mundo. La teología también. Esperan que el mundo y la vida decidan hablar y que seamos nosotros quienes escuchemos y quienes, iluminados, usemos las claves descubiertas para juzgar y juzgarnos. Como si fuésemos distintos, nosotros y el mundo. Como si hubiese entre los dos puntos una distancia insalvable. Somos siempre, a la misma vez, destinatario, remitente y parte del mensaje. Sigo percibiendo de múltiples maneras lo que pasó. Cuando pretendo organizarlo, asumo que ha sido una combinación de coincidencias, suertes y curiosidades, pero lo son en la medida en que estoy profundamente implicado en el sentido que les atribuyo. Son necesarias. Si así no fuese nada habría notado. Otras veces un pequeño teólogo supersticioso alza la antorcha y decreta, junto conmigo, que se me apareció, que sin palabras, ni cuerpo ni existencia, me habló y me hizo su testigo. Encontré un tesoro en el apartamento. Una cajita fuerte. Empotrada en el muro, con la fachada falsa de un tomacorriente. Un guardado. Un escondido. Cerré la ventana y miré con cuidado que nadie estuviera cerca. Volví a abrir y a mirar. Con mucho cuidado. No había nadie. Fui y aseguré la puerta de la casa y volví a ver mi hallazgo.

**4.** Aparentemente todo ha sido construido, reconstruido, excavado y horadado y pocos resquicios de la vida en las ciudades —de orden material o simbólico, o de cualquier otra índole— no han sido echados abajo y erigidos nuevamente antes de que los habitemos.

Movilización es el lema. Adaptación es la herramienta. Ostracismo es la amenaza. Histeria. Un derrumbe que nunca acaba. Estos, lo sabemos bien, no son tiempos para descubrir tesoros.

Tuve que forzar la cerradura. Un destornillador y un martillo. Tres golpes secos. Cayó el seguro y se vieron dos bolsitas de cuero que cubrían dos cajas de madera. Eran cajas antiguas de cigarrillos.

Pocas cosas igualan la perplejidad del descubridor. Me preguntaba si debía contárselo a alguien. Al heredero o a la oficina de arrendamientos. Legalmente, consulté, debía contárselo al dueño del lugar y darle parte del botín. ¿Pero qué botín? Adentro había prendedores, escapularios, aretes, anillos y medallitas religiosas. Nada ostentoso. Todo muy curioso y peculiar. Después sin ningún orden en cada cajita. Tirados. Sin duda nadie más había visto este tesoro de baratijas. Eran de Gabriela. Decidí, sin embargo, no decirlo a nadie. No había allí nada valioso y desconfié de poder enredarme en líos al comunicarle al heredero que había encontrado el tesoro de su tía, pero que solo era una colección de baratijas y antigüallas insignificantes. Un semillero de pleitos, presentí, y nada dije a nadie.

**5.** Una notificación. Querían vender el apartamento. Yo no quería comprarlo. Tenía que partir. Reparé y alisté la casa. La limpié, pinté algunas paredes y fijé una cita con el operario de la agencia de arrendamientos. Debía entregar la propiedad. Revisando, cuarto por cuarto, le iba dando cuenta de que muchas cosas estaban tal cual las había recibido y que otras habían empeorado con el tiempo. Él tomaba nota y hacía un inventario minucioso. Llegamos al cuarto del servicio. Allí estaban todavía las bolsas de basura, la lámpara rota y el televisor. No dije nada. A él le quedó claro que me faltaban cosas por sacar. Solo pregunté, para cerciorarme, qué iban a hacer con el apartamento y me respondió que el propietario quería que lo pintaran, que botaran todo lo que sobraba y lo pusieran a la venta. "Hay que



por FELIPE OSORIO GÓMEZ

Fotografía por el autor

*¡Ob dioses!  
Cierta es que en la morada del Hades  
quedan la psique y una imagen-sombra,  
pero falta el diafragma.  
La Iliada, canto 23, 103*

dejarlo limpio", dijo. Pregunté entonces si el propietario vendría. "No, él nunca ha venido, ni conoce la propiedad", respondió. Vértigo.

**6.** La antorcha del teólogo brillaba a lo lejos. "Hay algo allí que no ha sido visto, algo que no se ha contado y que contiene una verdad", murmuraba. No me resistí mucho a la seducción de ese viejo, nuevo hallazgo. Ansiedad. Había olvidado esas cajas. La cajita Filatelia. El tesoro encontrado. Las cajas no examinadas. Una promesa estúpida de verdad. "Tengo un compromiso ya. Lo había olvidado", le dije al operario. Lo lamenté mucho en su presencia, mientras se marchaba. Esperé que con eso bastara. Cerré la puerta, aseguré la puerta y cerré las ventanas. Volví a fijarme que el joven no estuviera. Que nadie estuviera. Saqué las cajas, ya en medio de la casa vacía, y las rompí con unas tijeras.

**7.** En una caja, solo tela para cortinas, un lápiz y unas tijeras. En la otra había varias cosas. Entre ellas un sobre una cita con el operario de la agencia de arrendamientos. Casi todas recibidas entre 1960 y 1964. Unas las remitían las Guías Scouts de Colombia; otras eran de Lolita, una amiga de su familia, y otras de las Reverendas Madres de La Presentación, de Abejorral, en Antioquia. Allí nació en 1936 y se crio hasta el 60. Era la mayor de sus hermanos. Vivió muchos años en una de las calles principales del pueblo. Con su hermano Miguel, su hermana Libia María, su padre Ramón y su madre Libia. El padre murió en el 57 y Miguel se fue a vivir a Bogotá. Para el 60, Gabriela y Libia, la mamá, también estaban allí. Libia María se fue a Medellín. Gabriela nunca volvió a Abejorral.

Las Guías Scouts firmaban así todas sus cartas: Siempre listas. Muchas comienzan con una recomendación y unos buenos deseos. La encomendaban fervorosamente a la Virgen María y le deseaban una vida tranquila y en Cristo. Guías Scout ultracatólicas. Según las cartas, eran dos sus actividades habituales. O celebraban misas o hacían semanas enteras de "ejercicios espirituales". En ninguna de estas cartas deja de figurar una especie de acta ejecutiva, siempre al reverso y al final, en la que se da cuenta de las misas, sus asistentes y las excusas consignadas por las faltantes. Muchas misas. Por los muertos. Por las ánimas. Por los que se estaban muriendo. Por los que iban a morir. Por la Virgen, por su hijo, por su padre. Por sus hijos. Por la paz. Por la paloma. Por el inicio de la semana. Porque el miércoles ascendieron y el viernes sucumbieron. Misas para dar gracias y misas para arrepentirse.

Al parecer, Gabriela contestó las cartas de las Guías hasta el 62. Le agradecían, eventualmente, porque era quien se hacía cargo de enviar desde Bogotá las tarjetas y recordatorios de primeras comuniones y las semanas de ejercicios espirituales. "Es una dicha —dice en algún lugar una de sus Reverendas— poder contar con ilustraciones tan hermosas, a color y en un papel tan exclusivo, para fijar el recuerdo de momentos tan especiales en la vida de sus compañeras". Por una cara una imagen bíblica o edificante según versículos de la Biblia. Por la otra, el nombre de cada estudiante, la fecha y el número de ejercicios espirituales a los que había asistido.

A partir del 63 y hasta el 64 cesan las bendiciones y las recomendaciones. Solo

vendrán recriminaciones e increpaciones violentas. Amenazas de castigos que no se veían pero que pesaban profundamente. Dios no entendía al desertor. Las Guías la conminaban a responder. No se podía estar en silencio cuando se pertenecía a una comunidad. No bastaba con que sus amigos pidieran por ella en misa, había que ir personalmente y rogar por su alma. Que se habían quedado esperando los últimos recordatorios y que Dios no perdona el olvido.

Algo se traían las Guías con Gabriela desde el momento de su partida. Hasta la última de estas cartas, en el año 64, contienen en su reverso la constancia de que Gabriela V. H. no había asistido a las misas y tampoco había consignado excusas.

**8.** Muchos papeles. De impuestos. De médicos. Facturas. Derechos de petición para que se le pensionara correctamente. Para que le transfirieran dineros. Tres diplomas. Uno en dibujo arquitectónico. Otro en modistería. Otro en mampostería. Todos de academias bogotanas ya extintas. El de dibujo arquitectónico certificaba estudios por cuatro años, así como el de modistería. El de mampostería fue un curso de seis meses en el 67, su último año en Bogotá. Luego fue a Medellín, donde, en el 69, se empleó como pagadora en una institución pública. Escrituras y cesiones. El apartamento lo compró su hermano y se lo cedió a Gabriela después de morir. Años más tarde Gabriela lo cedería al sobrino, el hijo de su hermano, bajo la condición de poder vivir allí hasta su muerte.

**9.** Tres cajitas pequeñas. En la primera, documentos y dos libros viejos con oraciones. Copias de las cédulas de sus hermanos y de su mamá. Fotografías de cada uno de ellos a blanco y negro y un carné en el que Gabriela figuraba adscrita al Seguro Social. Otra cajita contiene hilos, agujas, instrumentos para enhebrar, colocar botones y pegar lentejuelas. En la otra caja, más pequeña y de madera, muchos sellos de correo. De China. De Singapur. De Haití. De Venezuela. De Turquía. De bancos. Ferrocarriles. Estaciones. Estados. Departamentos. Jurisdicciones. Sin orden aparente. Sujetados con cauchitos. Manojos hasta de cien sellos iguales y algunos marcados con cautela, en números romanos.

**10.** Judith me cuenta que al morir Gabriela y cuando la agencia de arrendamientos tuvo que limpiar el apartamento, no hubo ni un plan a seguir ni ningún encargado directo de la selección de aquello que podía tirarse a la basura y aquello que podía ser rescatado. Solo había una certeza entre los trabajadores: por quien allí había muerto no había nadie que llorara o reclamara, y su heredero mandaba a limpiarlo todo.

Muchos vecinos fueron a curiosear. No había espacio por dónde andar. Muebles viejos por montones. Desde el piso hasta el techo. Apretujados. Embutidos. Sin usar. Moldes para hacer postres, ollas para echar al horno, juegos de cubiertos. Canecas repletas de ropa vieja. Muchas cajas con impresiones religiosas. Bolsas de cuidado para perro vacías y muchas cajetillas de cigarrillos y colillas arrumadas en un montículo contra un rincón. Rollos de tela para hacer cortinas, sin cortar. Los camiones, cuenta Judith, llegaban vacíos, se iban repletos y volvían por más. Tres días demoró la purga y una semana más el trabajo de limpiar y pintar superficialmente la propiedad.

**11.** No sé quién fue Gabriela. Ni cómo fue. Ni qué hizo ni cómo vivió. De lo que queda, preguntas y leves indicios, ni hay quien conteste las primeras, y no llevan a ninguna parte los segundos.

Solo fragmentos dispersos le dan contorno a esta figura que se ha hecho oscura de tanto preguntar. El supersticioso reptó, con la antorcha del teólogo, y me invita a dotar de un sentido oculto la sucesión de eventos que me trajeron estos pedazos de vida. Pienso en causas, en efectos y en la suerte. La que tuvo que fraguarse para que olvidaran esas cajas. La del curioso descubrimiento de la caja fuerte tras el tomacorriente; la que impidió al heredero ir a fijarse en su propiedad. Y llegó a entusiasmar. "Habías podido escribir una novela", me dijo un amigo. "Hay mucho que pensar allí", remató. "Mucha vanidad", le contesto sin decirlo. Son cosas, de una muerte, en una casa vacía. ¿Vértigo?

**12.** Filatelia. Palabrita. La veía todos los días. A veces la olvidaba por meses hasta que cualquier día me la llevaba a pasear. Sacaba las llaves y la veía allí, de paso y muy de reojo, medio opaca, en letras cursivas. Al rato tarareaba, donde estuviera. La filatelia. La filatelista. Otras. El filatelista coleccióna sellos de correos. ¿Por qué, para qué, para quién? Esas preguntas no se contestan en las definiciones de las manías. Solo figuran los signos visibles y arquetípicos. Los que juegan. Los que fuman. Los que pierden. Los que coleccionan. Al interior de cada grupúsculo, algunos están sujetos por la cabeza y el corazón. Otros, por una rodilla o una ceja. Cada quien hace lo que puede. No hay forma de saber cómo estaba vinculada Gabriela al gremio de los que juntan sellos de correo. Nada más queda la sospecha de que la filatelia era solo una de las máscaras, solo uno de los nombres, de los símbolos con que ella podía nombrar esa fuerza conocida pero etérea que la atravesó y la determinó siempre. Guardando souvenirs, postales, recordatorios. De ejercicios espirituales, de primeras comuniones. De lugares no visitados. Sellos de correos del otro lado del mundo. Guardando moldes para hacer tortitas. Colillas de cigarrillos fumados. Poniendo, uno encima de otro, muebles viejos, y en sus intersticios la prensa de años y años y más años. Sin deshacerse de nada. Sin mostrárselo a nadie. Sin comunicarlo nunca.

**13.** Lo vertiginoso. La vanidad retrocede al intuir la misma nada imbatible que compartimos. Ella en su tumba, yo en mi escritorio. Atemporal. Igual. No fue un afán de justicia. Ni aún de restauración. Todo fue, al fin, identidad. Identidad íntima y soberana. La misma danza y el mismo revoloteo ante la fugacidad del presente. Similares acrobacias para perpetuar lo inasible y el mismo juego a perder, siempre. Acumulando. Jugando. Fumando. Escribiendo. También he sido un testigo. O de su olvido o de mi perpetua extinción. Un juego de espejos en el que aún no tengo claro por qué estoy convencido de que una vida dedicada por entero a acumular y encumbrar los recuerdos debería dejar al menos uno.

Me llevé las cajas, las cajitas y los papeles. Solo dejé una nota en la caja fuerte, escrita y firmada por Gabriela en el año 2008, tres meses antes de morir. "Siempre lista, para arder como el fuego e irradiar luz por doquier". G.V.H. Hoy, 5 de octubre, en el que fuera su cumpleaños 79, se le recuerda. ☾

**MDE15** ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ARTE DE MEDELLÍN

HISTORIAS LOCALES/  
PRÁCTICAS GLOBALES

**INAUGURACIÓN**

Museo de Antioquia

Recorrido por *Espacios Anfitriones*  
Apertura exposición  
Acciones artísticas  
Fiesta MDE15

Viernes · 06 de noviembre · 2:00 - 9:00 p.m.

Programación completa de los tres días de inauguración en: [mde.org.co](http://mde.org.co)

Un proyecto: En asociación con:

Patrocina:

**El bienestar de tu ciudad empieza por sus raíces**

Por eso, después de **más de medio siglo**, EPM realizará el cambio de su red de **acueducto y alcantarillado** del centro de la ciudad. Una medida necesaria que les traerá **bienestar** a todos sus **habitantes** por muchos años más.

Innovamos al servicio de la gente

**ePM**

# La biblia del papel

por PASCUAL GAVIRIA

Fotografías: Juan Fernando Ospina



Lo primero es desmenuzar el moño hasta dejar un oloroso ripo uniforme; se recomiendan usar tijeras, rascador o las uñas gomas como instrumento. Luego, con delicadeza, se distribuye la hierba, sin palos ni pepas, sobre el papel, se dobla hasta lograr una diminuta batea para ir comprimiendo la picadura con una presión firme entre pulgares e índices, y poco a poco se logra la forma del cigarro. Los pulgares en posición horizontal deben abarcar toda la longitud del futuro baretto para lograr una estructura uniforme, sin protuberancias. Entonces es el momento del apretón definitivo, de ayudar a dos de las puntas del papel a cubrir la picadura y dar el pequeño toque, el giro del curtido operativo que el aprendiz mira con asombro. Al final no queda más que mantener la presión, liar el resto del papel y usar la lengua sobre la pega, sin pudor, como si se tratara de sellar uno de esos viejos sobres de ribete blanco, azul y rojos. Con la punta de la lengua puede dar los últimos detalles sobre los bordes rebeldes. Luego de tres segundos de secado, el barillo está listo para el fuego.

Hubo un tiempo en que los papeles eran más escasos que la hierba. Se fumaba en papel globo, en las hojas de la biblia, en los códigos profanos de los abogados. En esos días Karoty caminaba por la calle con la mirada clavada en el piso, buscando el "papel dulce" que dejaban las cajetillas de Pielroja. Separaba la hoja liviana del papel aluminio y guardaba sus hallazgos como si fueran pergaminos. Conocía bien el suelo del Centro de Medellín por su trabajo como ventero en La Playa, en La Oriental y en Junín: extender el trapo, organizar las artesanías, recoger el trapo, convertirlo en saco y caminar. Los papeles eran apenas un negocio menor y un gusto para su paladar. Comenzaban los años ochenta y Karoty ya tenía su kilometraje al lado

de Carolo, lo que queda del cerebro de Ancón, y otros socios fundadores de la secta humeante en Medellín.

Lo espío desde una esquina del Centro Comercial Medellín, contiguo a la Minorista. Su local es un pequeño cubículo forrado con leyendas, consejos, consignas, marcas de papeles y calcomanías varias. Arriba, en la cornisa de su almacén, un estribillo acompaña el letrero de "Aquí es Karoty": "Cómo fue que, qué fue que". Leo con dificultad el trabalenguas. Los clientes más jóvenes paran, preguntan, les brillan los ojos, pagan y se van. Los habituales del centro comercial le sueltan una frase, le ofrecen el puño a manera de saludo, le tiran un chiste sobre el mostrador, le dejan oler el aroma de un caldo del restaurante a la vuelta de su local. Me presento como reportero de Universo Centro y Karoty suelta la primera carcajada. No sé si es burla o temprana amabilidad. Le pregunto si conoce el periódico: "Quién no lo va conocer aquí en el Centro, el que no sepa qué es Universo Centro está perdido".

Le cuento mis intenciones: vengo en busca de la biblia de los papeles en Medellín, del hombre que lleva cerca de treinta años dando de armar al que tiene una mota en el bolsillo, al que lleva una bolsa en la mochila, al que tiene una paca en un garaje, al que espera un camión en un parqueadero. "Esto es un machete, es que el papel es un producto que va dentro de la canasta familiar, como el maíz, el chocolate, los frijoles". Karoty trabaja y habla con la naturalidad de quien ejerce un comercio legal, de quien vende cuarenta referencias de papeles para fumar, velas, bates, pipas, máquinas para armar, condones (tres por mil), cigarrillos, inciensos, chicles. Habla también con la convicción del activista cannábico y la gracia del aventurero de profesión.

A mediados de los ochenta se topó con dos amigos de Bello que tenían

algunos rollos de papel para fumar. Ellos ni sabían qué tenían en la mano, pensaban más en el carrete de una registradora que en armar un porro. Karoty les compró los rollos y empezó a desenrollar contando hasta dieciocho; ahí cortaba, metía sus papeles en pequeñas bolsas y grapaba. Empezaron a buscarlo fumones de acá y de allá y se hizo "agente de comercio": "Yo surtía en el Barrio Antioquia, madrugaba todos los días a las seis de la mañana con mi maletín. El Nato fue el primero en vender armados en Medellín, lo mataron, era hijo de una de las Mellizas, cinco mujeres que han trabajado toda la vida allá".

Con las primeras cajas de los importadores comenzó el negocio en serio. Al Bar Ganadero en el Centro llegó un español, Alberto Mayor Marcas, con setenta pacas de papel Smoking. Y vamos haciendo cuentas de una vez. Una paca trae 30 display con 100 paquetes cada uno y cada paquete viene con 75 papeles, de modo que una paca tiene 225.000 cueros listos para enrollar. Y manos a la obra que la gente está ansiosa en la calle. El español preguntó por el vendedor estrella de papeles en la ciudad y le señalaron a un tal Karoty. Quizá no lo convenció ese nombre extraño, heredado de un partido de fútbol de infancia y de un tronco argentino, Juan Carlos Carotti, que alineaba en el Medellín de 1970; o no le gustó la facha de vendedor ambulante de su futuro "gerente comercial", y decidió entregarle una sola paca a quien le presentaron como un genio para enrollar. Lo demás quedó en manos de un taxista con ínfulas de millonario y de un peruano que alardeaba de sus contactos. Dos días después peruano y taxista ya le habían entregado la mercancía a Karoty, y la gente del Bar Ganadero que manejaba el papel sobrante le siguió soltando el empaque de los porros al hombre que sabía.

\*\*\*  
En el local ya estamos echando pola, es de mañana pero la boca se seca cuando uno menos piensa. "Lo va a pegar o lo pego yo", grita un trabajador de plaza -minorista- a manera de saludo cuando pasa por el local. Karoty suelta la segunda carcajada del día, echa el cuerpo hacia atrás y muestra la muela del desjuicio. Esa risa resuena en el Centro Comercial Medellín desde el 17 de enero de 1989. La alcaldía de Juan Gómez Martínez reubicó a algunos venteros del Centro, que se convirtieron en propietarios y almas en pena: "Nos íbamos a enloquecer, esto parecía un psiquiátrico, acostumbrados a caminar y ahora celando un mostrador al que no arrimaba nadie". Karoty seguía surtiendo en Cisneros, el Centro, el Barrio y abría el local de vez en cuando para que no se oxidaran los candados. Cuando la cerveza ha ablandado cualquier recelo, mi anfitrión me lleva hasta un teléfono público en las afueras del centro comercial, descuelga la bocina, saca un baretto y le echa candela. Nos metemos bajo la cabina, y entre humos elogiamos cuatro cachorros de labrador que duermen sobre un cartón a la espera de un cliente en camioneta. Nunca me había escondido tan mal para darle tres plones a un noble barillo.

Pero el verdadero plante de Karoty, con el que pasó de mayorista con afugias a regente de un local surtido, llegó con una nueva casualidad. Un día la empresa transportadora le entregó una caja con mercancía conocida y nombre y teléfono desconocidos. El culebro que lo habita decidió que sería suya, marcó el teléfono de la guía y se hizo pasar por un fiscal. Cuando el hombre al otro lado colgó, la paca ya tenía dueño. Su esposa lo regañó durante una semana y Karoty accedió a una nueva llamada en la que confesó el juego e invitó al colega a recoger la papelería.

Desde Barranquilla llegó el dueño a conocer el local y a recoger su encomienda. Traía setenta pacas encima y se las dejó a Karoty, al fiado, como recompensa por su buena acción. "Cómo fue que, qué fue que", pensó Karoty, y el local se convirtió en su oficina: ya era un vendedor estacionario. "Yo le vendía a un man muy elegante de El Poblado y me llamaba pa que lo surtiera: 'No señor, tiene que venir hasta acá, y hasta acá llegaba'. Y empezó la romería.

Karoty y Marta, su esposa, atienden el local con la paciencia de los maestros. De algo le sirvió a él estudiar gestión empresarial en la UPB. Llegan los emprendedores que tienen un corralito cannábico en los barrios a averiguar por los papeles y sus sabores. A veces la pajarrilla es la misma y el papel de uva hace la diferencia. O quieren descrestar con los "blones", los de moda, grandes hojas de papel endulzadas con todo tipo de esencias. Los pelados pasan preguntando por el Blunt Cyclone y lo examinan como si fueran a comprar un celular, todavía no alucinados, pero ya casi. "Uy, a mí no me gusta eso, es una moda. Y fuman en mango, chocolate, fresa, vainilla...". "Las heladerías han cambiado", le digo para que suelte su tercera carcajada de la mañana. Y llegan señoras que preguntan, piden y empacan como si estuvieran comprando adornos de navidad.

Karoty también ha sido empapelado. Un día le cayó un policía con insignias para fijar su cuota mensual: los formales también vacunan. "Pero es que yo trabajo legal aquí hace años, yo vendo papeles y chucherías, tengo un negocio legal", le dijo. A las dos semanas hubo un operativo con más de veinte agentes, fiscalía y perros. Pusieron cinta alrededor de la papelería de Karoty e hicieron toda la pantomima. No encontraron nada distinto a un moño, la moneda para el teléfono público, pero le sembraron un "proveedor" con diez baretos. Lo esposaron, salió reseñado en el *Qhubo* y pagó sus 72 horas de URI por trabajar como mayorista al pie de la Minorista. Con la moña sembrada por los tombos, su dosis marcó 26 gramos. En el juicio la juez no comió cuento y obvió esos seis gramos de sobre respecto a la dosis personal. Ya la corte ha hablado de la dosis de aprovisionamiento de los consumidores y su diferencia con la carga de los jíbaros. La condena fue un decomiso arbitrario, o sea un robo: la mitad de la mercancía se perdió en el operativo.

Seguimos en la cerveza y Karoty no deja de mirar de reojo su placita de papeles a ver quién ronda. "Esperá un segundo que a aquel le gusta que yo lo atienda". Vuelve y le pregunto por transacciones: "Ahí se llevaron como tres millones largos... Papeles variados". Manos a la obra.

Karoty sabe quiénes son sus clientes, reconoce a los más inocentes y a los más curtidos, tiene una risa infalible y entrega ñapas como el más amplio de los tenderos. Al único policía que arrimó durante mis visitas le regaló unos chicles sin lambonerías. Karoty tiene una gran ventajita, vende un velo blanco que no levanta sospecha: papeles de arroz, de maíz, de algodón, de cañamo... Es seguro que a su local ha llegado el combo completo: "Toda la vida he trabajado en esto, conozco la gente, pero nunca me ha gustado la vida delictiva. Yo conozco la Ley 30". Es el turno de mi carcajada.

Dejo a Karoty hablando de nuevas posibilidades de negocio. Los chinos ya hacen papeles y un peruano los vende en Medellín. También me llevo la ñapa para armar mis frutos. No es fácil encontrar empresarios cannábicos en la ciudad. Gente que sabe del negocio, hace activismo, viaja a las zonas de cultivo, a los foros, a las ferias, patrocina las revistas especializadas, fuma y eleva cometa en los festivales mariguanos de agosto. Al menos dejó invitar a las cervezas. ☺



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

## TRES LIBROS TRES

Uno. **Gonzalo Arango. Cartas a Julieta. Colección Rescates, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2015.**

En 1950, Gonzalo Arango está en Medellín, cursa sexto de bachillerato en el Liceo de la U. de A., y tiene 19 años. Desde aquí envía cartas a su novia, Julieta González, una linda colegiala de Andes (su linda cara adorna la carátula del libro). Son largas cartas manuscritas, espaciadas a lo largo de seis o siete meses, cuyas respuestas por desgracia ignoramos. Pero una lectura paciente nos revela cosas; primero, que el joven escriba se debate entre inevitables cursilerías e ingenuidades (dedica a la muchacha canciones románticas por medio de espacios radiales), anhelos ambiciosos (a toda costa quiere llegar a "ser alguien"), desmesuras perdonables, como comparar a la amada con Dios, conflictos religiosos (le pide a su novia que rece por él, pues siente que vacila su fe), vaivenes políticos peligrosos, y logros intelectuales: está escribiendo un texto sobre el existencialismo; texto que en efecto concluyó, y recibió buenas críticas de sus escasos lectores.

En cuanto a Julieta, y leyendo entre líneas, llega uno a imaginar en ella una chica sensata, sensible, y con los pies sobre la tierra. Debí llegar a asustarla el carácter intenso, excesivo y con frecuencia depresivo de ese joven melancólico que le promete un futuro de felicidad eterna. Decide romper con él, y se mete a monja. Al enterarse, Gonzalo asume el golpe con una dignidad que muchos envidiaríamos en similares trances.

El epistolario termina, la vida sigue: Julieta vuelve al mundo, se casa y tiene hijos. Pero no es ese, creo, el final del asunto; pues la verdad es que ella guardó siempre aquellos papeles, quizás como un tesoro secreto. Hay muchas formas de escribir una historia de amor.

Dos. **Jairo Buitrago, Daniel Rabanal. El edificio. Babel Libros, 2014.**

Es un gusto este reencuentro con Daniel Rabanal, arquitecto e ilustrador argentino, autor de *Las aventuras de Gato*, un cómic que publicaba por entregas, hace ya muchos años, el *Magazín Dominical de El Espectador*. Ahora reaparece con este libro, ilustrando un texto muy breve y muy bello del bogotano Jairo Buitrago, repartido en escasas líneas a lo largo de la obra. Todo se ambienta en un barrio de la capital, que vemos evolucionar con los años, y los dibujos, espléndidos, revelan una meticulosa investigación gráfica. La edición, impecable, pide ser leída —y mirada— con calma, con asombro, volviendo una y otra vez sobre sus páginas, para descubrir sus muchos tesoros. Puede ser un libro para niños, para jóvenes, para viejos; incluso para nostálgicos.

Tres. **Tomás Carrasquilla. Simón el mago. Fondo Editorial Universidad Eafit, 2015.**

Nada mejor para los 125 años de *Simón el mago* que este regalo de Editorial Eafit. Nada mejor que el prólogo inteligente y sobrio de Víctor Gaviria. Y nada mejor que enriquecer el libro con las ilustraciones de Carlos Díez; Díez es, sobre decirlo, un extraordinario dibujante; pero también muestra aquí una sensibilidad y agudeza fuera de lo común, capaz de captar y expresar el tono y la atmósfera de los ambientes, entornos y criaturas, reales o fantásticas, que pueblan el clásico relato del niño que sueña con volar. Una joya que inauguró con todos los honores la celebración de este aniversario. Y una preciosa edición que es también una joya. Como decimos ahora, un maridaje perfecto. ☺

Cheesecake

**Kaldi Kaffe**

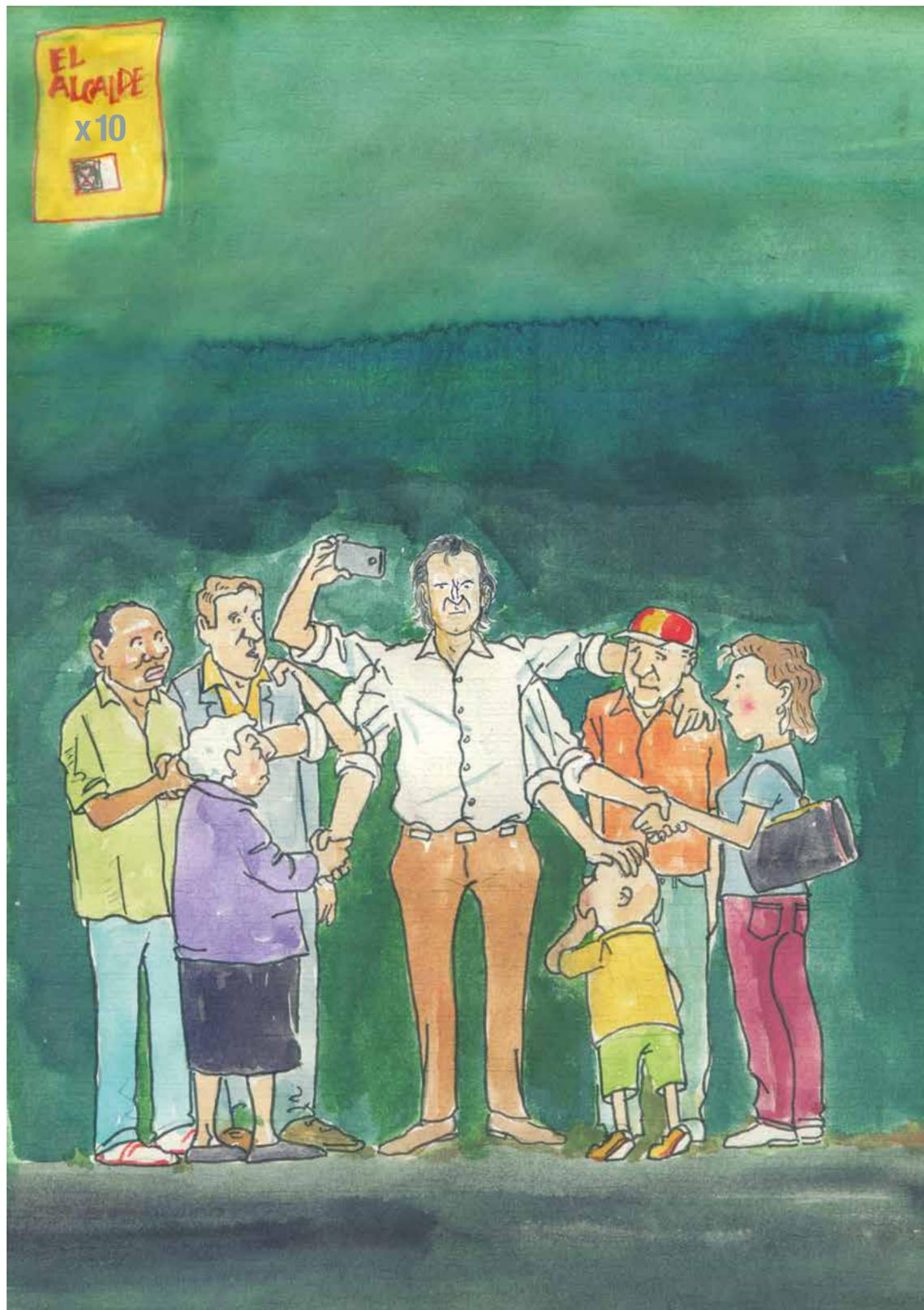
Planetario de Medellín  
entrada principal  
Tel: 263 2511

Carlos E Restrepo calle 53 # 64A 31  
tel: 260 1355

Panadería natural, cafés de origen

**DR. GUSTAVO AGUIRRE**  
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.  
CIRUGÍA CON LÁSER

**Clínica SOMA**  
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00





Encuentros Parque Explora Medellín



# MÚSICAS INDÍGENAS

## AUDICIÓN COMENTADA

Un patrimonio humano, cultural y estético casi desconocido o, en el mejor de los casos, subestimado, incomprendido y desaprovechado.

### Invitada **María Eugenia Londoño Fernández**

Lic. en Educación Musical (UdeA), con especialización en Etnomusicología y Folklore (INIDEF, Caracas, Venezuela). Autora de diversas obras, entre ellas "La música en la comunidad indígena Embera chamí de Cristiana, Colombia" que mereció el Premio de Musicología Casa de las Américas. Honoris Causa: Licenciatura en Educación Musical, UdeA.

**Jueves 12  
de noviembre  
6:30 p.m.  
de 2015**

**Parque Explora  
Entrada libre**

SÍGUENOS:



parqueexplora



parqueexplora



@ParqueExplora

**EN ESCENA**  
"HISTORIAS, TRAS LAS HISTORIAS"



Alcaldía de Medellín



Medellín  
todos por la vida